

Monstruo

victor hugo toth



Capítulo 1

1

Una extraña mezcla de sensaciones se agolpaban en la mente de Liam Becher aquella calurosa tarde de verano. Mientras observaba el sol asomarse desde el horizonte a través de la ventanilla del autobús, no podía evitar pensar en todo lo que dejaba atrás. La duda lo invadió por un momento.

—Dios espero estar haciendo lo correcto. —Dijo en voz baja al observar el cartel en la carretera que decía "San Antonio 10 km".

Una pequeña mano sujetó la suya en ese momento, haciendo que todas sus dudas se evaporaran.

— ¿Que sucede papa? —Le preguntó una pequeña niña fregándose los ojos luego de pasar una incómoda noche viajando.

— Por fin despiertas Abby. Ya casi llegamos. —Le contestó Liam con una sonrisa.

Al mirar por la ventanilla, la pequeña ve algo a lo que solo había visto en aquellos documentales que miraba junto a su padre en la televisión. Un hermoso e intenso color verde penetró sus retinas. Espesos bosques de altos árboles y ramas que sobresalían invitando a las aves a que se posaran sobre ellas, rodeaban aquella remota carretera. Al mirar el cielo teñido del naranja del amanecer, no pudo evitar sonreír. Se podía sentir una profunda paz, tan diferente de la tumultuosa y gris ciudad donde había pasado sus nueve años de vida.

—Esto es realmente muy hermoso papá.

—Me alegra que te guste. —Sonrió Liam mientras apretaba la mano de su pequeña. —Sé que nos va a ir muy bien aquí. ¿No te arrepientes de dejar nuestro hogar?

—Papá, a donde quiera que vaya, mientras estés conmigo, ese será mi hogar. —Le contestó sonriente abrazando a su aliviado padre.

El autobús recorrió el último tramo de la carretera. Un gran arco con un cartel que decía "Bienvenido a San Antonio", anunciaba que ya habían llegado. El autobús se detiene en una precaria parada, que no era más que un pequeño tejado sin paredes con un pequeño asiento hecho con una tabla y dos troncos que la sostenían.

Ambos descendieron del viejo y maltratado vehículo. Tomaron sus bolsos donde solo llevaban un par de prendas de vestir cada uno y se sentaron en aquella parada a esperar. A su alrededor no había más que un par de casas, con chimeneas humeantes y grandes extensiones de cultivos. Abby se alegró mucho al ver un par de caballos que pastaban plácidamente frente a uno de aquellos lugares.

—Papá. ¿A quién estamos esperando? —Preguntó al darse cuenta que transcurrían los minutos y continuaban en el mismo lugar.

—Esperamos a un viejo amigo. Él nos llevará a nuestro nuevo hogar.

— ¿De dónde lo conoces? Nunca he oído hablar de él.

—Bueno hija. No suelo hablar mucho sobre esa etapa de mi vida. Junto a él, hicimos el servicio militar muchos años antes que tu nacieras. Fueron momentos muy duros. Allí lo conocí. Y durante dos largos años nos apoyamos.

— ¿Y porque no lo has vuelto a ver?

—Bueno. Al terminar el servicio, él tuvo la inteligencia suficiente para dejar el ejército y se volvió Policía en este lugar tranquilo. En cambio, yo continué. Continué hasta que.... —Liam hizo una pausa. Su mirada de repente quedó perdida en el horizonte. Recuerdos de espantosas imágenes vinieron a su mente. Un sonido fuerte y persistente era todo lo que podía oír, el sonido de disparos y gritos desgarradores, se volvieron insoportables a tal punto que Liam debió cubrirse los oídos.

— ¡Papá! ¡Papá! ¿Te encuentras bien? —Lo llamaba con desesperación la pequeña mientras lo sujetaba con fuerza de sus hombros intentando que reaccionara. —Por favor papá. ¡Reacciona!

Luego de unos instantes que parecieron eternos, las imágenes comenzaron a disiparse. Liam levantó la mirada y vio el rostro de su hija al borde del llanto.

—Lo siento hija. Lo siento mucho. —La consoló con un abrazo.

—No papá yo lo siento. No debía preguntarte sobre eso. Mamá me dijo muchas veces que te hacía mal hablar sobre eso.

Ambos permanecieron en silencio. Era la primera vez que la nombraba desde que ella se había marchado de este mundo en aquella fría camilla del hospital hace apenas dos meses.

— La extraño mucho papá.

— Lo se hija. Yo también la extraño. Pero escucha, yo siempre estaré contigo. Piensa que desde el cielo ella está protegiéndonos.

Pasaron otros diez minutos hasta que a lo lejos aparece un viejo Land Rover pintado de azul con una sirena colocada sobre su techo.

— Mira hija. Creo que allí viene nuestro transporte.

El vehículo se acerca con lentitud, un espeso humo oscuro sale emerge por el escape indicando que el patrullero estaba en peores condiciones de lo que se veía. Cuando finalmente se detiene, un sonriente hombre desciende con los brazos abiertos.

—Pero mira nada más. ¡Mi gran amigo Liam Becher está aquí! —Dice el hombre vestido con el típico uniforme de policía, un pantalón negro, borceguís lustrados a la perfección y una camisa azul perfectamente planchada. Una insignia con forma de dos pequeños soles dorados colgaba del bolsillo de la camisa indicando que era el Comisario.

— ¿Tom Peterson es el Comisario? —Dice Liam sonriente al ver la jerarquía de su amigo.

Ambos se funden en un cálido abrazo.

—Cuantos años han pasado Liam. Cuando recibí tu llamado no lo podía creer. Es muy bueno verte.

—Gracias por ayudarme Tom. De verdad te lo agradezco. Oh casi lo olvido. Esta es mi hija Abby.

—Hola Abby. Me llamo Tom. Soy amigo de tu padre desde hace mucho.

—Hola Tom. —Respondió la pequeña con mucha timidez.

—Bueno suban. Los llevaré a su nueva casa, pero antes les daré un pequeño recorrido por el pueblo.

La vieja camioneta se puso en marcha dando un gran ronquido y despidiendo una gran humareda. —Creo que este viejo cacharro ya está en sus últimos días. —Se lamentó el comisario. El pueblo era un lugar hermoso y tranquilo. Rodeado de granjas y extensas plantaciones de maíz y otros vegetales. En el centro del pueblo había una gran plaza donde se veían niños jugando en las hamacas y toboganes. Junto a la plaza estaba la antigua iglesia, su aspecto era imponente, con una arquitectura que

hacía recordar a las grandes catedrales de Europa.

—Sabes. Esa iglesia fue el primer edificio de San Antonio. Fue construida hace más de doscientos años. Sus cimientos están hechos con los grandes bloques de piedra de las ruinas jesuíticas que habían por aquí. El pueblo es realmente muy antiguo. Aquí la mayoría vive de la agricultura, así que no esperes los grandes lujos de la ciudad.

— Es precisamente lo que buscamos. Tranquilidad lejos de la ciudad.

— Si es por tranquilidad, entonces el pueblo les encantará. Solo me preocupa algo.

— ¿Que sucede Tom?

—Bueno. No me habías dicho que tenías una hija. Y verás, el trabajo y la casa que te he conseguido... bueno, digamos que no es recomendable que haya niños.

— Si es un problema nosotros....

— No. No. No. No me malinterpretes. No es un problema esta pequeña adorable. Es solo que, como te había dicho, el trabajo es cuidando el cementerio del pueblo y la casa, está justamente alado.

— Si me lo habías dicho, y lo pensé mucho antes de decidirme. Abby es una niña muy valiente, no tendremos problemas para adaptarnos. Solo ansiamos tranquilidad. —Dijo mirando hacía el asiento trasero donde la pequeña se había quedado dormida nuevamente.

—Solo pensaba que han sufrido una gran pérdida, y vivir cerca de un cementerio no sea lo mejor en este momento.

—Lo sé, pero estaremos bien. El trabajo es tranquilo y puedo dedicarme a escribir.

Tom esbozó una sonrisa. —Me alegra que sigas escribiendo. Aún recuerdo aquellas historias que escribías durante tus guardias y luego me las dabas para que las leyera. Eran realmente muy buenas.

—Hace mucho tiempo que no lo hago, pero quiero comenzar de nuevo. Quizás me ayude a sacar toda la pena que llevo dentro. Sabes... La culpa a veces se vuelve insoportable.

—Amigo. Lo que ha sucedió. Lo que te han obligado a hacer no fue tu culpa.

—Lo sé. Pero ha muerto tanta gente y no hice nada para impedirlo y luego, la guerra. Si algún rastro de humanidad quedaba en mi hasta ese momento, la guerra se lo llevó. Sé que un día pagaré por lo que he hecho. Quizás ese día mi conciencia esté tranquila de nuevo. He pensado muchas veces en terminar con mi pena, pero mi pequeña solo me tiene a mí, por lo tanto, debo seguir adelante.

—No puedo ni imaginarme por lo que has pasado Liam. Quizás con el tiempo puedas contarme. Pero quiero que sepas que cuentas conmigo.

La camioneta policial siguió recorriendo el pueblo. La única avenida asfaltada dio paso a un polvoriento camino de tierra. Las casas cada vez eran más distanciadas las unas de las otras, separadas por los sembradíos de maíz que resplandecían bajo el sofocante sol de verano.

Al pasar la última casa, el camino volvió a estar rodeado de bosques. La camioneta continuó andando otros tres kilómetros hasta que finalmente, en lo alto de una colina, rodeado de unos altos pinos, plantados prolijamente con una separación de dos metros entre cada uno, estaba el antiguo cementerio de San Antonio. Tom detuvo el vehículo frente al camposanto.

Un enorme portón hecho de lanzas de metal, abierto de par en par, daba la bienvenida a los visitantes. Un camino largo y con escalinatas serpenteaba entre las antiguas tumbas y nichos. Algunas tumbas, ni siquiera tenían placas, no eran más que cruces de madera inclinadas sobre la tierra que se hundía al colapsar los antiguos cajones con el paso del tiempo. Las construcciones más antiguas tenían más de cien años. Muchas de las personas allí enterradas fueron de los primeros habitantes del pueblo, olvidados hace tiempo por sus descendientes no han recibido visitas, flores ni velas en décadas.

—Bueno este será tu lugar de trabajo. Está un poco alejado del pueblo, pero no es una gran distancia para ir caminando. Además, vendré a verte seguido.

—Es un lugar muy tranquilo. —Dijo Liam mientras escuchaba el canto de las aves y el crujir de los pinos mecidos suavemente por la brisa. —Es justo lo que necesito. Pero dime. ¿Por qué este cementerio necesita un cuidador?

—Bueno. Como verás está alejado del pueblo, y muchas de las tumbas tienen placas o elementos de plata y bronce. Últimamente hemos tenido casos de vandalismo. Se han saqueado nichos e incluso se han abierto cajones. Todavía no he arrestado a nadie por ello. Así que el pueblo ha decidido contratar a un cuidador. Y cuando les dije que tenía un ex

compañero militar, todos estuvieron de acuerdo.

—Te lo agradezco mucho amigo.

—Espera. Todavía no te he enseñado la casa. —La camioneta avanzó por el camino. Luego de haber pasado el cementerio nuevamente el bosque cubría los alrededores. Allí, distante a solo cincuenta metros de las rejas de la entrada, una entrada se habría paso entre los árboles. Las hojas caídas de los pinos cubrían el sendero que desembocaba en la vieja casa que sería el nuevo hogar de los Becher. La vivienda era enorme, construida con madera prolijamente barnizada. Tenía dos grandes ventanales y una gran puerta de aspecto macizo. Un pórtico adornado con flores y dos sillones hamaca les daba la bienvenida.

— ¿Este es nuestro hogar? —Dijo Abby quien se despertó cuando la camioneta se detuvo.

—Así es pequeña. —Le contestó Tom. — ¿Te agrada?

—Es enorme y muy bella. Me encanta.

—En ese caso. Entremos.

Los tres descendieron de la camioneta y caminaron hacia la casa. Abby quedó maravillada al ver el aljibe del cual debía sacarse agua con una cubeta y una cuerda. El sonido de los pájaros y la tranquilidad del lugar contrastaba tanto con el fastidioso sonido del tránsito al que estaba acostumbrada.

Al abrir la puerta, fueron recibidos por un fuerte olor a encierro. El lugar estaba completamente lleno de polvo y telarañas.

—Hay que hacer una gran limpieza. Nadie ha vivido aquí en años. —Les comentó Tom mientras buscaba el interruptor de la luz.

—Creo que este es. —Dijo Liam accionando un pequeño botón junto a la puerta. La luz se encendió.

—Bueno al menos funciona. —Dijo Tom. —Esta casa perteneció al viejo Narciso Clemente. La salud del pobre hombre fue empeorando hasta que, finalmente, pasó sus últimos días en el asilo de ancianos de San Antonio. Como nunca tuvo hijos ni parientes cercanos dono su casa para uso del pueblo y como tú serás el cuidador del cementerio, se te la ha concedido. La casa es antigua pero tiene todas las comodidades. Espero que puedan pasarlo muy bien aquí.

La casa era enorme. Los grandes ventanales estaban cubiertos por cortinas de un color azul oscuro. Había una gran mesa de madera con

sillas de fino tapizado. Había un gran sofá y hasta un televisor. En la cocina había una pequeña cocina a leña y una nevera. Realmente tenían todo lo que necesitaban. La casa contaba con dos habitaciones y un gran baño.

—Creo que nos vamos a adaptar muy bien aquí luego que limpiemos.

—Dijo Liam sonriendo.

—Oh casi lo olvidaba. Ahora regreso. —Dijo Tom mientras se dirigía nuevamente a la camioneta. Cuando regresó trajo una gran caja con provisiones.

—Les he traído algunas cosas para que puedan comer mientras se acomodan.

—Gracias Tom. Realmente no sé cómo agradecerte.

—Pues si quieres pueden venir esta noche a cenar con mi familia. Les encantara conocerlos.

—Te lo agradezco Tom, pero creo que primeros nos instalaremos y limpiaremos aquí. Hay mucho por hacer. Ya tendremos tiempo para ponernos al día.

—De acuerdo. Entonces creo que los veré mañana.

—De acuerdo Tom. Nuevamente te agradezco todo lo que estás haciendo por nosotros.

Luego de otro cálido abrazo, el comisario se alejó en la destartalada camioneta. Liam y Abby permanecieron bajo el pórtico observando como la única persona que conocían en el pueblo se marchaba. Una extraña sensación de soledad y melancolía los invadió. Era el primer día de su nueva vida. Solo esperaban que todo mejorara para ellos.

El sol se elevaba en lo alto. Eran casi las tres de la tarde y el calor era cada vez más sofocante. Habían pasado horas limpiando su nuevo hogar. Al ver la cara de felicidad con la que su hija ordenaba su nuevo cuarto convencieron a Liam que había tomado la decisión correcta. Luego de haber acomodado la sala, la cocina y la habitación de la niña, finalmente llegó el momento de ordenar su propio cuarto.

Al entrar, todo estaba oscuro. Intento encender la luz, pero no funcionaba. Yendo hasta la ventana del cuarto, la abrió en su totalidad. El resplandor del sol penetró de manera brusca que Liam debió cubrirse los ojos. Luego de que su vista se acostumbrara a la intensidad de la luz

exterior, miro hacia afuera y lo que vio lo horrorizo.

A través de la ventana observo un camino que conectaba directamente hacia el cementerio. Desde allí podía ver con toda claridad las tumbas y nichos que se emplazaban de manera tétrica a tan solo cincuenta metros de la casa. Un potente escalofrío recorrió su cuerpo en ese momento. Nunca se imaginó que al despertar lo primero que vería sería aquel tenebroso paisaje.

—Papá! ¿Dónde estás? —Escuchó a la pequeña llamar.

—Aquí estoy hija. —La llamó cerrando rápidamente la cortina. No quería que su pequeña tuviera aquella lúgubre primera impresión.

—Mira lo que he encontrado. —Le dijo a su padre cargando con dificultad una pesada y vieja máquina de escribir cubierta de telarañas. —Con esto podrás escribir historias como lo habías pensado.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Liam. —Gracias hija. Creo que con un poco de limpieza funcionará perfectamente. —Dijo mientras tomaba la pesada máquina y la apoyaba sobre una pequeña mesa que había en la habitación.

La alegría de su pequeña y el entusiasmo que tenía le hicieron olvidar aquella sensación siniestra que sintió al ver el cementerio. Quizás, después de todo, había tomado la decisión correcta.

2

Aquella era su primera noche en su nuevo hogar. Abby se había quedado completamente dormida en el sofá, exhausta del largo viaje y de luego limpiar las inmensas cantidades de polvo y suciedad que había en la casa luego de años de abandono. Liam la cargó con delicadeza y la llevó hasta su habitación. La acomodó con cuidado sobre la almohada y luego de cubrirla con la sabana, le dio un beso en la frente. —Te quiero hija. —Le susurró al oído, y salió del cuarto intentando hacer el menor ruido posible.

En el silencio sepulcral de la noche resalta aún más la lejanía en la cual se encontraban, pero precisamente eso era lo que había ido a buscar, paz. Sentándose en la mecedora del pórtico encendió un cigarro y permaneció sumido en sus pensamientos. La luna en cuarto creciente brillaba en lo alto del cielo estrellado, visible entre las copas de los pinos que se mecían con suavidad. Era una noche agradable y fresca, muy distinta del caluroso día que habían soportado.

Cuando terminó su cigarro, Liam permaneció meciéndose en aquella cómoda silla hasta que sus párpados comenzaron a pesarle. Un

incontenible cansancio dio paso a un profundo sueño, hasta que finalmente la silla dejó de mecerse. Liam se había quedado dormido abrigado por el silencio y la soledad de la noche.

Liam abrió sus ojos, pero ya no se encontraba en su nuevo hogar. Estaba en un lugar diferente. Al mirar hacia abajo notó que ya no tenía puesto sus pantalones desgastados y su camisa a cuadros, en su lugar tenía su antiguo uniforme militar. Sus borceguís estaban cubiertos de un espeso lodo, que también salpicaba sus pantalones. Al mirar a su alrededor, se dio cuenta que no estaba solo. A su lado había una hilera de otros diez soldados, todos preparaban sus fusiles. Liam miró su mano y se percató que el también sostenía un fusil. Lo observó con detenimiento, grabado en el frío metal pudo leer "FAL 7.62", y la numeración "07469", el mismo que había usado durante sus años en el ejército.

Sin entender lo que estaba sucediendo, miró hacia el cielo cubierto por oscuras nubes, los relámpagos iluminaban toda la escena con intermitencia. Entonces, entre los estruendos provocados por los rayos que caían con preocupante cercanía, oyó algo que intentó enterrar en lo más profundo de sus recuerdos.

— ¡Por favor! ¡Déjenos ir! ¡No hemos hecho nada! —Suplicaba entre llantos una joven. Su rostro es algo que Liam nunca olvidará. No tenía más de veinte años. Allí estaba ella arrodillada en la suciedad el fango, su cabello rubio prolijamente arreglado y su cara de niña no representaban amenaza alguna. Pero no había espacio para la piedad. Junto a ella, arrodillados, estaban otros veinte jóvenes. Algunos miraban hacia el suelo, resignados al cruel destino que tenían ante ellos, otros lloraban desconsoladamente intentando obtener piedad. Los soldados solo reían de manera macabra y descorazonada.

Frente a los jóvenes había una profunda y oscura fosa, cavada por ellos mismos, como una última y siniestra tortura.

De pronto se escuchó una voz cavernosa que grito. —Preparen!

Los soldados levantaron las armas. Liam, no quería hacerlo, pero su cuerpo no le respondía. En ese momento comprendió que era un recuerdo, algo que no podía cambiar por más que lo intentara. Levantó su arma, la cargó y quitó el seguro.

—Apunten! —Volvió a gritar aquella voz.

Liam apuntó el cañón de su arma en dirección a la joven que lo miraba suplicante. Su pálido rostro cubierto de golpes y lodo que se escurría junto con sus lágrimas no bastó para infundir en el más mínimo sentimiento de

culpa o lástima.

—Fuego! —Finalmente gritó aquella voz.

Una potente ráfaga de disparos retumbó esa fría noche. los desgarradores gritos de dolor de los jóvenes solo duraron uno segundos. Los cuerpos fueron cayendo pesadamente uno a uno en el interior de aquella fosa que los esperaba como un animal hambriento. Liam observa el humo que sale de la boca del cañón. La joven ya no estaba frente a él. Su cuerpo había caído en aquel agujero infernal.

—Ahora tapen esa maldita fosa! —Se escuchó gritar nuevamente

Liam tomó una pala y se acercó al foso. Miró dentro de él y vio la pila de cuerpos amontonados unos sobre otro. La sangre se escurría por grandes heridas y se mezclaba con el fango. Algunas cabezas habían explotado ante el paso de los grandes proyectiles. La imagen era macabra y grotesca. Sin poder dejar de mirar, tomó una gran palada de tierra y la arrojó sobre los cuerpos. Los demás comenzaron a hacer lo mismo. La tierra debía cubrir la maldad de sus repulsivos actos hasta que no quedara ningún indicio de ellos. Cuando estaba a punto de arrojar una segunda carga de tierra oyó un leve quejido entre los cuerpos.

—Por favor. Ayúdenme. —Pudo oírse como apenas un susurro.

Retorciéndose de dolor, atrapada entre dos pesados cadáveres que estaban sobre ella, estaba aquella joven a la que únicamente podía verse su pálido rostro. Sus ojos celestes resplandecían cubiertos de lágrimas y terror. Sin siquiera conmovirse, Liam sacó su pistola 9 mm y le apuntó directamente a su rostro. Para el esto era la piedad, sacarla de ese horrible sufrimiento. Puso el dedo en el gatillo y se dispuso a disparar, pero aquella voz macabra lo detuvo.

—Becher. ¿Qué cree que está haciendo? Ellos son el enemigo. El enemigo no merece nuestra piedad.

Liam volvió a enfundar el arma. Tomó nuevamente la pala y continuó arrojando tierra. Pesadas cargas caían sobre la joven quien, con horror, sentía como cada vez le era más difícil respirar. Las paladas fueron cayendo una a una de manera desesperante y desalmada. La joven intentó gritar, pero su cuerpo estaba tan aplastado por el peso sobre él, que apenas pudo emitir un leve susurro. Su rostro también fue cubierto por la tierra hasta que, finalmente, solo quedó un ojo viendo como su verdugo arrojaba la última carga de tierra y todo se volvió oscuro para ella.

Liam contempló lo que había hecho. No sentía culpa alguna. En él no había ningún sentimiento o lástima para con sus víctimas. Una macabra

expresión de satisfacción se dibujó en su rostro.

Liam se despierta sobresaltado. Al mirar hacia abajo, se tranquiliza al ver que tenía puesta su malgastada ropa. Miró hacia arriba y allí estaba la luna brillando entre los pinos. Todo había sido un sueño. Un atroz sentimiento de angustia lo invadió. Aquellos recuerdos que intentó sepultar en lo más profundo habían surgido nuevamente.

Encendió otro cigarro y se meció lentamente intentando tranquilizarse. No podía quitarse de su mente los ojos de aquella joven suplicando su piedad, piedad que él le había negado. Por años intentó convencerse de que no había sido su culpa, que lo habían obligado a hacer aquellos terribles actos, pero aquel sueño le hizo percatarse de la verdad, él lo había disfrutado.

Luego de terminar su cigarro entró a la casa. El viejo reloj de pared colgado en la sala, indicaba que ya eran las tres de la mañana. Pasó por la habitación de la pequeña. La miró desde la puerta entreabierta para asegurarse que estuviera bien. Ella dormía plácidamente abrazada a su almohada.

Luego se dirigió a su habitación. Al entrar se dio cuenta que las cortinas estaban corridas. Cuando se dispuso a cerrarlas, vio a lo lejos las oscuras siluetas de las tumbas al final de aquel tenebroso camino. Las observó por unos minutos incapaz de despegar su vista de aquellas lápidas, como si estuviera bajo el efecto de algo hipnótico. Entonces creyó ver algo que lo horrorizó, creyó ver algo que pasaba velozmente entre aquellas tumbas. Una silueta de lo que parecía ser un hombre enorme pasó de manera veloz. Aunque fue solo un segundo alcanzó para asustarlo. Continuó mirando, pero aquella silueta no volvió a pasar.

Por un instante pensó en ir a ver, después de todo ese era su trabajo. Pero luego se convenció de que no había sido nada. Había tenido una mala noche y su imaginación le estaba jugando una mala pasada. Cerró las cortinas y se acomodó en su cama intentando dormir. Algo en aquel lugar había despertado sus recuerdos más atroces. Todavía no se había dado cuenta, pero había algo maligno en aquel lugar. Pronto lo descubriría.

Capítulo 2

El sol volvió a salir implacable en el horizonte. Aunque apenas eran las seis de la mañana, su intenso calor comenzaba a sentirse. Liam se despertó sintiéndose raro aquella mañana. Se levantó con dificultad. Sobre él había una pesadumbre fuera de lo normal, como si algo se hubiera llevado todas sus fuerzas.

Al lavarse el rostro, mira hacia el pequeño espejo colgado en la pared, el reflejo que ve allí es el de un hombre cansado, con grandes ojeras formando bolsas bajo sus ojos color café. Se peinó con cuidado su corto cabello color negro con un marcado estilo militar como estaba acostumbrado desde hace años. En su rostro comenzaba a crecer una tupida barba. Se miró con detenimiento. Estaba a punto de afeitarse prolijamente como le habían exigido durante sus años de servicio.

—Al demonio. No lo haré nunca más. —Se dijo a sí mismo, despeinándose por completo, y dejándose la barba. Después de todo se había marchado para dejar todo atrás. Era tiempo de cambiar.

Eran apenas las seis treinta. Habiendo terminado de desayunar huevos revueltos y café, se dirigió a la habitación de la pequeña.

—Hija. Despierta.

— ¿Que sucede papá? —Preguntó ella adormilada.

—Solo quería avisarte que iré a hacer mi trabajo. ¿Puedes quedarte sola un momento? Prometo que no tardaré.

—Claro papá. Tarda todo lo que quieras. Yo estaré aquí durmiendo. —Le contestó, para luego darse vuelta y envolverse con las sábanas.

Al salir de la casa, Liam sintió la suave brisa en su rostro como una suave caricia. Las aves cantaban alegres en las copas de los árboles. Inhalo y exhalo profundamente aquel aire tan puro, había vuelto a sentir aquella paz que tanto ansiaba.

Caminó a través de aquel camino hacia el cementerio. Al llegar siente una mezcla de fascinación y desolación. Es que. Aquel cementerio, ubicado sobre una lomada, era un lugar privilegiado para observar el sol saliendo con todo su esplendor sobre los verdes bosques que parecían extenderse hasta el horizonte. La belleza de aquel paisaje contrastaba tremendamente con el aspecto tétrico que le otorgaban aquellas viejas tumbas, algunas de ellas abandonadas desde hace décadas. Velas derretidas por completo y flores marchitas y deshojadas indicaban las tumbas de los afortunados a quienes sus seres queridos aun no los habían

olvidado.

Liam encendió otro cigarrillo y comenzó su recorrido por el cementerio que se extendía por más de dos manzanas completas, repletas de un sinnúmero de lapidas y sepulcros. Caminó durante largo rato mirando a través de los vidrios rotos de algunas bóvedas. Cajones cubiertos por grandes cantidades de polvos y viejos retratos colgados en las paredes repletas de humedad, era lo único que habían dentro de ellas. Todo estaba dentro de lo normal, al menos considerando el lúgubre sitio en el que se encontraba. Siendo un perfeccionista, Liam no pudo evitar notar que el césped crecía alto y descuidado. Recordó que mientras ordenaba las cosas el día anterior había visto una cortadora de césped. Volvió a su hogar y la buscó. Controló que el pequeño tanque del artefacto tuviera un poco de gasolina y regresó al camposanto. Intentó arrancar con insistencia aquel pequeño motor de dos tiempos, hasta que, luego de varios intentos, finalmente encendió. Comenzó su metódico trabajo de podar el césped, quería que, al menos pudiera dar una mejor imagen al último lugar de descanso de tantas almas. Se imaginó pintando el viejo portón de entrada y los muros blancos. Intentó pensar en otras cosas, en empezar a escribir nuevamente, en que cenarían aquella noche, pensó en tantas cosas, pero los recuerdos de su horrible pasado volvían insistentes a su atormentada mente.

Mientras cortaba el césped, el fuerte sonido del motor lo comenzó a irritar. El que parecía ser un hombre tranquilo tuvo un sorpresivo ataque de furia. Tomó la máquina y la arrojó con fuerza. —Maldición! —Gritó con fuerza, apoyándose la mano derecha sobre su frente como si esto pudiera ayudarlo a aplacar aquellos sentimientos de culpa e ira.

—Solo cálmate. —Se tranquilizaba a si mismo intentando respirar lo más pausadamente posible.

Entonces algo llamó su atención. A lo lejos creyó ver a alguien caminando entre las tumbas más lejanas, aquellas que lindaban con el bosque mismo. Miró su reloj, eran apenas las siete de la mañana, sin dudas era demasiado temprano para ser alguien que visitara algún familiar fallecido. Aquella persona parecía ser una mujer, aunque la perdió de vista cuando esta pasó tras un lejano y antiguo nicho con techo en forma de cúpula.

Liam quedó intrigado. Comenzó a caminar lentamente hacia el fondo del cementerio. Allí los altos arboles del bosque cubrían con su sombra el sector haciéndolo aún más tétrico. Allí se encontraban las tumbas más antiguas, cubiertas por el césped crecido, con las lápidas casi destruidas y con tan solo algunos nombres visibles. Inmediatamente sintió un fuerte escalofrío.

—Hola! —Dijo en voz alta intentando encontrar a aquella mujer, pero

nadie respondía.

Cuando llegó al precario alambrado que separaba las últimas lápidas con la espesura del bosque, Liam no pudo evitar sentirse cautivado. Los árboles se mecían de manera hipnótica y el sonido de las ramas resquebrajándose daban la impresión de que el bosque completo estuviera vivo y estuviera llamándolo. Permaneció allí contemplando la penumbra entre los enmarañados árboles que parecían dibujar sombras y seres tenebrosos, hasta que un leve sollozo llamó su atención

—Hola! ¿Hay alguien ahí? —Llamó nuevamente. Nadie respondió.

Regresó sobre sus pasos. El suave lamento continuaba. Era un apenas audible llanto que se entremezclaba con el sonido de la brisa matinal. El sonido provenía de detrás de aquel siniestro nicho, aquel que sobresalía entre el funesto paisaje del camposanto.

Liam caminó hacia aquel sepulcro teniendo cuidado de no pisar alguno de las apenas identificables tumbas. Pero por más que lo intentó posó sus pies sobre un pequeño hundimiento del suelo, al mirar vio una pequeña placa que rezaba "Aquí yace Adrián López 1916-1917 tus padres te amamos y nunca te olvidaremos". No pudo evitar sentirse mal por aquel pequeño que murió prematuramente. Por un momento intentó imaginar cómo habría sido aquel infante y que pudo arrebatarse la vida de manera tan trágica a tan corta edad.

—Perdóname pequeño. —Dijo lamentándose y acomodando la pequeña placa para que vuelva a ser visible, luego siguió caminando con mayor cuidado.

Cuando pasó frente a las puertas de aquella imponente construcción no pudo evitar sentirse asombrado. Aquel nicho era enorme, sus puertas eran de metal decoradas con el diseño de San Pedro hecho con trozos de vidrios de colores. Sus altas paredes tenían más de tres metros de altura y finalizaban en un techo abovedado decorados con puntas en las esquinas. No lograba verse ninguna identificación de la familia a la que pertenecía, pero por el gris de sus paredes agrietadas parecía tener al menos ochenta años. Las puertas estaban semi abiertas, podía verse a través de la hendidura entre ambas el funesto interior. Liam se acercó. Cuando acercó su rostro a aquel estrecho espacio para observar, aquel llanto desconsolado nuevamente llamó su atención. Miró a su alrededor hasta que junto a una tumba había una mujer arrodillada. Estaba de espaldas, solo podía ver su largo y rubio cabello. Estaba vestida con pantalones claros y una camisa marrón. Sus manos estaban apoyadas al costado de su cuerpo y su rostro estaba inclinado hasta casi tocar la tierra.

— ¿Se encuentra bien señorita? —Preguntó con preocupación. Aquella joven no contestó, siguió llorando de manera desconsolada.

Liam se acercó despacio. Algo no estaba bien con aquella joven. —Oiga señorita. —Insistió.

Continuó aproximándose paso a paso. Cuando estuvo a apenas un metro de distancia, el llanto de la muchacha cesó de manera repentina.

— ¿Necesita ayuda señorita?

— La necesitaba. Ahora es demasiado tarde para eso. —Respondió la mujer sin voltear a mirarlo con la voz atravesada por el llanto.

— ¿A qué se refiere? ¿Le ha sucedido algo malo?

—Me ha sucedido lo peor que puede pasarle a una persona. He soportado el sufrimiento más terrible.

—¿Que le han hecho señorita? ¿Quién la ha lastimado? —Preguntó pensando que la muchacha había sido víctima del ataque de algún depravado.

La mujer permaneció en silencio.

—Señorita. ¿Quién le ha hecho daño? —Volvió a preguntar.

La joven se puso de pie. Permaneció de espaldas sin decir una palabra.

—Señorita. —Dijo mientras se acercaba. Extendió su mano lentamente hacia el hombro de la muchacha.

De repente la joven se dio vuelta de manera lenta y siniestra. Liam se horrorizó.

— ¡Tú lo hiciste! ¡Tú me mataste! —Gritó la mujer con una voz siniestra y enfurecida.

Liam cayó de espaldas atemorizado. — ¡No puede ser! ¡No puedes ser tú!

Frente a sus ojos atónitos y pávidos estaba aquella joven a la que hace muchos años había dado un final desesperante y atroz. Su rostro era increíblemente pálido y sus ojos celestes resplandecían, pero a la vez carecían del más mínimo indicio de vida. Aquellas pupilas solo reflejaban un profundo vacío, la nada misma.

El terror más profundo invadió al pobre hombre, quien todavía en el suelo intentaba gritar, pero ningún sonido salía por su garganta, como esas

horribles pesadillas en la que se trata de despertar, pero no se logra por más que se intente.

—He esperado por ti durante tanto tiempo. —Dijo la muchacha con una siniestra sonrisa plasmada en su rostro. —Todos hemos esperado por ti Becher.

De pronto la voz de aquella joven no era la única que se escuchaba. Murmullos comenzaron a oírse desde el bosque, cada vez con más intensidad.

—Todos esperamos por ti! —Repetían una y otra vez tenebrosas voces.

Liam miro a su alrededor, de pronto se encontraba rodeado por decenas de personas con rostros pálidos. Sus ropas manchadas con oscura sangre reseca y lodo, como si hubiesen estado enterradas.

—Hay un espacio en el infierno con tu nombre. Pronto sufrirás como hemos sufrido nosotros. El día en que pagarás por tus pecados está muy cerca. —Amenazó aquella joven.

—Lo siento. Siento mucho todo lo que hice. —Imploraba clemencia al borde del llanto.

Las voces continuaban diciendo una y otra vez — ¡Esperamos por ti! ¡Esperamos por ti! —Cada vez con más fuerza hasta que el sonido se volvió insoportable. Liam se cubrió los oídos con sus manos y cerró sus ojos con fuerza. —Por favor! —Suplicó.

Las voces en un instante se detuvieron de manera intempestiva. Liam abrió sus ojos lentamente. Se encontraba solo, tendido en el suelo de aquel cementerio. Su garganta estaba atravesada por un nudo que parecía estrangularlo. Una angustia como nunca antes había sentido lo invadió de repente. Respiro pausadamente intentando calmarse. No lograba comprender lo que había pasado. Entonces oyó una voz familiar que le heló a sangre por completo.

—Liam. —Lo llamaba alguien desde detrás de aquel nicho.

Para ese instante un terrible temblor se expandía por todo su cuerpo. Frías gotas de sudor recorrían su frente. Preso del pavor se incorporó y con absoluto temor camino al encuentro de aquella voz.

Cuando finalmente estuvo del otro lado de aquella sepultura vio a un hombre y una mujer de espaldas. El hombre se dio vuelta lentamente.

—No puedes ser tú. —Exclamó aterrado. —No puedes ser tú.

Aquel hombre era alto, con cabellos oscuros y una tupida barba. La mujer junto a él tenía un vestido floreado y el vientre prominente producto de un embarazo en estado muy avanzado.

—Esto no puede ser real. Esto está en mi cabeza. —El llanto afloro incontrolable. —Lo siento. Lo siento mucho. No quise que eso les sucediera. —Suplicaba de rodillas ante aquella pareja que lo observaban con aquellos ojos vacíos.

—Pronto vendremos por ti. Hermano. —Dijo aquel hombre con la amargura impregnada en su voz.

De pronto todo se vuelve negro y Liam cae desvanecido.

2

El incesante canto de un ave en su ventana despierta a la pequeña Abby. El reloj de la sala le mostraba que eran las ocho de la mañana, sorprendentemente temprano para alguien acostumbrado a dormir hasta casi el mediodía. No había rastros de su padre.

Abrió la nevera y solo pudo encontrar un poco de leche, huevos y carne.

—Creo que solo beberé leche. —Dijo con resignación.

Mientras tomaba su vaso de leche con un trozo de pan, la pequeña se percató del silencio absoluto de aquel lugar. De repente la casa parecía enorme, oscura y vacía. Un sentimiento de claustrofobia y ahogamiento la invadió, como si le costara respirar. Aquella sensación de angustia se tornó insoportable al punto de que dejó el vaso sobre la mesa y salió de la casa casi corriendo.

Cuando finalmente estuvo afuera volteó a mirar su hogar. No había nada amenazante allí. El cielo celeste y el verde de los árboles le daban al lugar un aspecto encantador.

—Soy una cobarde. —Dijo sonriendo.

Cuando se disponía a volver a entrar algo llamó su atención. Algo se movía entre las malezas junto a la casa. El movimiento de ramas era brusco. Abby pensó que algo enorme se escondía allí. Estuvo a punto de echar a correr cuando un pequeño conejo blanco emergió de entre las plantas.

El conejo miró a la pequeña y se acercó hasta ella.

—Oh. Eres hermoso. —Dijo Abby enternecida por aquel conejo regordete y de ojos cafés.

El pequeño animal se detuvo justo frente a sus pies y alzando su vista miró fijamente hacia los ojos de la niña.

Para Abby, esto resultó muy extraño. No podía comprender como aquel conejo no tenía miedo de ella. La niña se agachó y acarició la pequeña cabeza del animal. Con sus dedos estrechó con suavidad aquellas simpáticas y largas orejas. Pero cuanto intentó levantarlo, el conejo corrió.

—Oye espera! —Dijo la niña y fue tras él.

El conejo se alejaba más y más hasta que entró en un pequeño sendero entre los árboles. Abby se detuvo. Aquel estrecho camino se habría pasado entre la espesura del bosque, el césped brillaba reflejando los rayos de luz que penetraban las copas de los árboles, hermosas flores blancas crecían a sus lados. La niña quedó maravillada, el lugar era bello y pacífico. Allí en medio de aquel sendero, estaba el conejo mirándola fijamente, como si estuviera invitándola a seguirlo.

La pequeña, como si estuviera bajo el efecto de algún hechizo lo siguió. Caminó durante un largo trecho. Las coloridas mariposas volaban a su alrededor, las aves cantaban en lo alto y el cálido abrazo del sol la reconfortaba. Se sintió tan feliz que perdió la noción de la distancia que había recorrido, hasta que de un momento a otro perdió de vista a aquel conejo.

— ¿Conejito? —Llamó.

De repente aquel lugar ya no parecía tan bello. Una gran nube ocultó el sol y el sendero se volvió tenebroso. El sonido del resquebrajar de las ramas y las sombras entre los arboles dieron un aspecto siniestro. La pequeña comenzó a sentir profundo miedo al darse cuenta que estaba sola en medio del bosque. Intentó regresar, pero no pudo encontrar el sendero tras de sí, era como si se hubiera desvanecido.

Caminó lentamente, temerosa. Miraba hacia todos lados, cada sonido que escuchaba parecía aterrador. Caminó durante largo rato sin poder encontrar su camino de regreso.

La pequeña se sentó sobre un gran tronco caído y comenzó a llorar desconsolada. —Soy una tonta.

— ¿Porque lloras? —la sorprendió de repente una dulce voz de una anciana.

Abby se sobresalta. Al mirar se alivia al ver a una señora mayor, apoyada en un bastón hecha con una rama. Llevaba puesto un vestido que parecía ser antiguo. Sus grises cabellos llegaban hasta sus hombros. Su rostro cubierto por arrugas daba lugar a una sonrisa amable.

—Es que me he perdido. —Le responde Abby secándose las lágrimas.

—Oh pobre niña. No deberías andar sola por el bosque.

—Lo sé. Es que estaba siguiendo a un conejito y me perdí. ¿Puede ayudarme?

—Claro que voy a ayudarte niña. Ven conmigo. —Le dijo la anciana extendiéndole la mano.

La niña tomó la mano de la señora y caminó junto a ella.

— ¿Usted vive por aquí?

—Así es pequeña. Desde hace largos e incontables años, tantos que no me es posible recordar.

— ¿Cómo se llama? Mi nombre es Abby.

—Abby es un lindo nombre. Yo me llamo Anna.

—Anna era el nombre de mi madre. —Contestó la pequeña con tristeza.

—Pero ya no está con nosotros.

—Oh es una pena oírlo. ¿Fue algo reciente?

—Fue hace unos meses. La extraño mucho. Nos mudamos hace un día con mi papá.

—Siento mucho lo de tu madre pequeña. Espero que San Antonio resulte de tu agrado.

—Es un lugar muy bonito. Pero aquí no tengo amigos. Solo tengo a mi padre. Él ha sufrido mucho y solo quiero que se ponga bien.

—Tu padre parece ser un buen hombre.

—Lo es.

—Bueno niña. Aquí está el sendero de regreso.

La anciana señaló con su bastón aquel estrecho camino que volvió a aparecer ante los ojos de la niña.

—Gracias señora. ¿Usted se encuentra bien estando aquí sola en el bosque?

—No te preocupes pequeña. Ahora ve con tu padre.

—Se lo agradezco nuevamente. Adiós. —Se despidió para luego caminar por aquel sendero. Camino unos pasos y se detuvo. —Oiga. Señora. Si usted quiere puede venir a visitarme cuando quiera. Me ha salvado hoy y quiero que podamos ser amigas.

—Claro pequeña. Muy pronto nos volveremos a ver. —Se despidió la anciana con aquella amable sonrisa dibujada en su rostro.

Capítulo 3

1

Los resplandecientes rayos de sol impactando sobre sus parpados hacían, que, aun estando cerrados, todo se viera de una potente tonalidad naranja. Cuando el intenso brillo se tornó casi insoportable, Liam se despertó. Al abrir sus ojos, se da cuenta que se encontraba allí tirado, al costado de aquella siniestra construcción. El dolor en su cabeza era atroz, algo que jamás había sentido a lo largo de su vida. Tambaleante se incorporó sujetándose de las grises paredes de aquel nicho. Miró a su alrededor, se encontraba completamente solo. No había ninguna voz siniestra, no había ninguna muchacha, ninguna persona que volviera de su pasado a atormentarlo.

Liam respiró profundamente. —Debes calmarte. No puedes volverte loco ahora. —Se dijo así mismo, intentando convencerse de que todo estaba en su cabeza.

Usando sus manos, intento cubrir su vista del implacable brillo del sol que hacía que el palpitante dolor de su cabeza le diera la impresión de que en cualquier momento esta estallaría. Al mirar su reloj se percató que ya era cerca del mediodía. Se había desvanecido por más de cinco horas.

—Dios. Abby debe estar muy preocupada.

Caminó con lentitud, intentando no caer. Cuando apenas se alejó unos metros intentando volver a su hogar, un funesto chirrido lo detuvo. Las oxidadas puertas de aquel nicho, se abrían y cerraban mecidas por el viento. Una extraña sensación llenó su mente. Por más que quisiera irse a su hogar, aquel lugar parecía estarlo llamando de una manera imposible de resistir.

A pesar de que sabía que era una mala idea, Liam no pudo evitarlo y regresó sobre sus pasos. Cuando estuvo frente a las puertas que se abrían pausadamente, una fría sensación recorrió su cuerpo subiendo desde su estómago, serpenteando por su esófago hasta llegar a su garganta. Apenas empujó levemente la puerta con sus manos, un olor nauseabundo penetró sus fosas nasales. Aquel inmundito y repugnante hedor casi lo hace vomitar. Completamente asqueado, intenta soportar aquella peste cubriéndose la nariz con su pañuelo. Cuando finalmente entra en aquel funesto lugar, se horroriza por completo. La luz del día que ingresa por las puertas abiertas, revelan una grotesca escena entre la gran cantidad de polvo suspendido en el viciado aire. El desquiciante sonido de cientos de moscas que pululaban por la inmundicia presente en aquel lugar, solo era una pequeña muestra del macabro hallazgo presente frente a los atónitos

ojos de Liam.

Allí, contra la pared, arrojado como si fuera basura, se encontraba un ataúd hecho pedazos. Podían verse los polvorientos huesos de su antiguo dueño, asomarse entre las maderas rotas y podridas.

Sobre la meza de frío cemento, en el cual debía estar descansando aquel cajón, había otra cosa. Algo mucho más siniestro y, sobre todo, más reciente. Allí estaba la putrefacta cabeza cercenada de un niño de no más de cinco años. Las moscas, entraban y salían de su pequeña boca entre abierta. Sus ojos vacíos habían sido consumidos por completo por aquellas pequeñas carroñeras aladas. Entre los pocos cabellos que le quedaban y entre los jirones de piel, bajo los cuales se podía ver el blanco del pequeño cráneo, había restos de tierra, como si alguna mente enferma hubiera desenterrado el pequeño cadáver solo para depositarlo allí. Al alrededor de la pequeña cabeza, formando un círculo, había diez velas negras, completamente derretidas. Sobre la agrietada pared repleta de humedad, tras aquel macabro hallazgo, entre las gruesas capas de telarañas habían dibujado un símbolo con líneas hechas de una sustancia de color rojo. Horrorizado, Liam se dio cuenta que aquella sustancia parecía ser sangre. El símbolo, trazado con líneas, formaba una estrella de cinco puntas dentro de un gran círculo que la envolvía. Liam recordó haber visto alguna vez aquel símbolo en viejos libros que hablaban sobre ritos satánicos.

Completamente aterrorizado, preso de un miedo y un asco que le helaron la sangre, retrocedió dando pasos hacia atrás, incapaz de apartar su mirada de aquel grotesco espectáculo. Al caminar de espaldas, completamente hipnotizado por la morbosa imagen que tenía ante sus ojos, sintió que tropezó con algo. Al mirar tras de sí, enmudeció por completo. Allí estaba el pequeño cadáver sin cabeza, completamente cubierto por gusanos. La repugnancia que sintió en ese instante fue tal, que no pudo contener el vómito que afloró por su boca, como un irreprimible flujo que emergía desde sus entrañas, que dejándola un amargo y ácido sabor. Mientras su estómago se retorció y el flujo salía incesante hasta casi ahogarlo, Liam no pudo evitar observar algo aún más terrible. En aquel pequeño cadáver, faltaban grandes trozos de carne. En la pequeña pierna de una tonalidad negra por la descomposición, podía observarse claramente un gran hueco, en el que podía verse el blanco del fémur. El pánico que lo invadió, no le permitió ver con claridad, pero casi podía asegurar que aquel enorme hueco tenía la inconfundible forma de una mordida.

Aterrado, salió de aquella lúgubre sepultura. Intentó calmarse. Afuera, la fresca brisa y el brillo del sol, le permitieron tener un respiro. Su corazón no paraba de palpar con una rapidez endemoniada. Sus piernas temblaban incontrolables y el sudor recorría su frente. Por primera vez en mucho tiempo, realmente estaba asustado. Algo terrible estaba pasando

en aquel lugar.

Volvió a su hogar caminando lo más rápido que pudo. La terrible sensación de que algo malo estaba a punto de ocurrir, lo hicieron desesperarse. Entro velozmente a su casa abriendo la puerta de un fuerte empujón. Allí estaba la pequeña Abby, sentada en el sofá.

—Te encuentras bien? —Le pregunta la pequeña al ver a su exaltado padre.

Liam va hacia ella y sentándose a su lado toma su mano.

—Ahora todo está bien. —Le responde al ver que nada malo ocurría allí.

2

Eran las casi las cuatro de la tarde. Liam se encontraba sentado en la vieja mecedora en el pórtico esperando pacientemente. Oscuros pensamientos circulaban por su mente, implacables, como si alguna oscura fuerza no quisiera que pudiera estar en paz, la intolerable culpa que sentía por sus malvados actos volvía a atormentarlo por . Al costado de la silla, se acumulaban las colillas de los cigarros que fumaba, uno tras otro, intentando calmar sus nervios.

El distante y familiar sonido del motor de una camioneta, finalmente lo tranquiliza.

Tom detiene la camioneta a unos metros de la casa. Al bajarse y ver la preocupación del rostro de su amigo, inmediatamente se da cuenta de que algo muy malo ocurrió.

—Es Kevin Mayer. Su madre lo perdió de vista mientras jugaba en el arroyo San Antonio. Encontramos su cuerpo hace una semana, estaba flotando en el rio, a tres kilómetros del lugar donde desapareció. Su entierro fue hace cinco días. Su madre lloraba desesperada. Intentó ahorcarse esa misma noche, pero su esposo la encontró a tiempo.
—Comentó Tom, mientras observaba la siniestra escena en aquel tétrico nicho.

— ¿Quién pudo hacer esto? —Preguntó Liam.

Tom no respondió. Estaba perplejo observando aquella pequeña cabeza que parecía mirarlo con sus cuencas sin ojos, repletas de moscas.

—Dime Tom. ¿Quién pudo hacer esto?

—No lo sé. Pero seré honesto contigo. Esto ya ha estado sucediendo.

— ¿A qué te refieres?

— Hace un par de semanas atrás, uno de los terneros del viejo Jonathan Stempel se extravió. Él lo buscó incansablemente, pero no pudo hallarlo. Luego de un par de días, los restos del animal aparecieron a un costado de la carretera. El cuerpo estaba completo, no le faltaba pieza alguna de carne, salvo una. Le faltaba la cabeza. Si alguien hubiera robado el ternero para hacerse con su carne, no se hubiera llevado solo la cabeza. Era algo sumamente extraño, no había ninguna explicación, hasta que un día, la señora Koffman, al visitar la tumba de su fallecido esposo, notó algo extraño aquí, en este mismo nicho en el fondo del cementerio. Las puertas estaban abiertas de par en par, el candado estaba roto. Al acercarse, se horrorizó al ver la cabeza del ternero rodeado de velas y este mismo símbolo hecho con la sangre del animal. Primero pensamos que era obra de simples ebrios o jóvenes haciendo alguna clase de broma pesada, pero esto...Esto es algo mucho más macabro.

— ¿Qué crees que sea esto?

—Parece ser alguna clase de rito satánico. Este pueblo es muy antiguo Liam. La gente aquí todavía cree en supersticiones y mitos. Alguna mente enferma y sádica creyó que esto funcionaría.

—No mencionaste todo esto cuando me llamaste. Tengo una pequeña aquí. No puedo exponerla a una secta satánica.

—Lo siento Liam. Pensé que solo se trataba de adolescentes o ebrios. No pensé que esto llegaría a tanto. Solo creí, que cuando todos supieran que había un nuevo cuidador en el cementerio, aquello no volvería a suceder.

—Y ahora qué se supone que debemos hacer? Tendremos que informar a la familia de este pequeño.

—Espera Liam. No podemos hacer eso.

— ¿Qué quieres decir? Algún maniaco a profanado la tumba de su hijo.

—Lo sé. Pero si le decimos eso, esa pobre mujer morirá de pena. Tampoco quiero que el pánico se apodere del pueblo. Hasta que no sepamos de que se trata todo esto, es mejor mantenerlo entre nosotros.

—Y entonces que debemos hacer? ¿Simplemente ocultarlo?

—Es precisamente lo que debemos hacer. El pequeño ya murió hace semanas. No podemos mortificar más a su familia. Debemos volver a

colocarlo en su tumba.

A pesar de la negativa de Liam, ambos hombres colocaron con cuidado los putrefactos y maltrechos restos de aquel niño en bolsas de color negro. Al levantarlo, cientos de moscas salieron zumbando de aquel horrible lugar. Los gusanos, blancos y tan gordos como dedos humanos, caían por decenas desde las vísceras expuestas de aquel cadáver. El olor nauseabundo pareció intensificarse todavía más.

Completamente asqueados, llevaron los restos con cuidado. Caminaron los cincuenta metros que separaban aquel tétrico lugar de la tumba del pequeño. Al llegar notaron que la sepultura había sido cubierta, tal como estaba el día que enterraron por primera vez el cadáver. Tomando dos palas comenzaron a cavar. Cavaron bajo el ardiente sol mientras eran picados por mosquitos y las moscas se arremolinaban sobre las bolsas con su tortuoso contenido. Luego de un rato, finalmente escucharon el sonido hueco de la pala impactando contra la madera. Luego de quitar los pocos centímetros de tierra que faltaban, pudieron ver el cajón vacío. Lo abrieron y depositaron con cuidado aquel pequeño cadáver chorreante de extraños líquidos y gusanos.

—Entiendo si quieres irte. —Le dijo Tom Peterson a su amigo, mientras ambos tomaban un par de cervezas que él había traído, sentados bajo la sombra del pórtico de la casa. Sus rostros sudorosos y sucios denotaban el cansancio.

— No tengo a donde ir Tom. Volver no es una opción. Esto debe funcionar, por mí y por Abby.

—Lo entiendo. Te prometo que haré todo lo posible por averiguar que está sucediendo. De ninguna manera quiero que corran algún tipo de peligro. Y hablando de ello...

Tom se levanta y se dirige hasta su camioneta, al regresar trae consigo una pistola.

—Ten. Quiero que la tengas por si acaso. —Le dice a Liam quien queda perplejo.

Mira con detenimiento aquel arma que su amigo le ofrece. Había pasado años desde la última vez que tuvo una pistola entre sus manos. Aquel instrumento de muerte no hizo más que agitar los tortuosos recuerdos en su mente.

—No puedo aceptarla. —Respondió fríamente. —No puedo volver a sostener un arma.

Tom hizo una pausa. En su mente intentó imaginar la clase de sufrimiento por el que había pasado su amigo. —Está bien Liam. Solo prométeme que se cuidarán.

Tom volvió hacia la camioneta. —Esta noche pasaré a buscarlos. Quiero que cenemos con mi familia. —Invitó a su amigo quien solo asintió con la cabeza.

Aquella noche, el Comisario volvió a la lejana casa junto al cementerio. Mientras conducía por aquel camino pedregoso, observó la inmensa luna llena que brillaba en lo alto, recortada por la copa de los árboles más altos. Era una visión hermosa, sin embargo, al pasar frente al cementerio, no pudo evitar sentir escalofríos. La blanquecina luz del astro se reflejaba en las cruces plateadas de las tumbas más nuevas y las sombras parecían intensificarse en los rincones de las tétricas construcciones. Por un momento pensó que clase de demente se le ocurriría acudir por las noches a profanar la tumba de un inocente niño.

Tom Peterson era muy respetado en el pueblo, su dedicación constante al trabajo lo habían colocado entre las personas más queridas del pueblo. Su única obsesión era mantener la paz en San Antonio, de ninguna manera podría permitir que el pánico se expandiera entre los pobladores. En ese momento, lo único en lo que pensaba era en descubrir quiénes eran los responsables de aquel acto tan sádico y macabro.

Capítulo 4

—Entiendo si quieres irte. —Le dijo Tom Peterson a su amigo, mientras ambos tomaban un par de cervezas que él había traído, sentados bajo la sombra del pórtico de la casa. Sus rostros sudorosos y sucios denotaban el cansancio.

— No tengo a donde ir Tom. Volver no es una opción. Esto debe funcionar, por mí y por Abby.

—Lo entiendo. Te prometo que haré todo lo posible por averiguar que está sucediendo. De ninguna manera quiero que corran algún tipo de peligro. Y hablando de ello...

Tom se levanta y se dirige hasta su camioneta, al regresar trae consigo una pistola.

—Ten. Quiero que la tengas por si acaso. —Le dice a Liam quien queda perplejo.

Mira con detenimiento aquel arma que su amigo le ofrece. Había pasado años desde la última vez que tuvo una pistola entre sus manos. Aquel instrumento de muerte no hizo más que agitar los tortuosos recuerdos en su mente.

—No puedo aceptarla. —Respondió fríamente. —No puedo volver a sostener un arma.

Tom hizo una pausa. En su mente intentó imaginar la clase de sufrimiento por el que había pasado su amigo. —Está bien Liam. Solo prométeme que se cuidarán.

Tom volvió hacia la camioneta. —Esta noche pasaré a buscarlos. Quiero que cenemos con mi familia. —Invitó a su amigo quien solo asintió con la cabeza.

Aquella noche, el Comisario volvió a la lejana casa junto al cementerio. Mientras conducía por aquel camino pedregoso, observó la inmensa luna llena que brillaba en lo alto, recortada por la copa de los árboles más altos. Era una visión hermosa, sin embargo, al pasar frente al cementerio, no pudo evitar sentir escalofríos. La blanquecina luz del astro se reflejaba en las cruces plateadas de las tumbas más nuevas y las sombras parecían intensificarse en los rincones de las tétricas construcciones. Por un momento pensó que clase de demente se le ocurriría acudir por las noches a profanar la tumba de un inocente niño.

Tom Peterson era muy respetado en el pueblo, su dedicación constante al trabajo lo habían colocado entre las personas más queridas del pueblo. Su única obsesión era mantener la paz en San Antonio, de ninguna manera podría permitir que el pánico se expandiera entre los pobladores. En ese momento, lo único en lo que pensaba era en descubrir quiénes eran los responsables de aquel acto tan sádico y macabro.

Cuando las luces de la camioneta iluminaron el pórtico, allí estaba Liam fumando un cigarro. Una gran cantidad de colillas se acumulaban en una lata junto a la silla mecedora. Dando una última bocanada profunda a aquel espeso humo del tranquilizante tabaco, arrojó la colilla y llamó a su hija.

La noche era tranquila, las sombras de los arboles contrastaban con el azul profundo del cielo estrellado. Abby miraba por la ventanilla como las luciérnagas revoloteaban entre la negrura del bosque encendiendo y apagando sus brillantes e hipnóticas luces. A la pequeña le hicieron recordar las luces de su pequeño árbol de navidad, aquel árbol que adornaba la triste habitación de hospital donde habían pasado las últimas fiestas. Se llenó de tristeza al recordar a su madre tendida en aquella cama. Su rostro pálido y delgado, su cabeza cubierta por un gorro celeste que ocultaba la ausencia de su cabello castaño. Recordó aquella bata hospitalaria que dejaban ver su esquelético cuerpo. Y a pesar de ello, recuerda la mirada de su madre, aquella mirada tierna que parecía decirle que todo estaría bien. Aquella sonrisa que se esforzaba por mantener en su rostro lleno de intensos dolores. Cuando el reloj indicó la medianoche de aquel último 25 de diciembre, recuerda a su madre aferrando su mano con ternura y diciéndole te quiero. Esa fue la última vez que vio a su madre sonreírle, aquella noche sería su última noche.

— ¿Te encuentras bien Abby? —Le pregunta su padre al ver la mirada perdida de la pequeña-.

—Si papá. Estoy bien. Solo miro hacia el bosque. Es algo mágico. Es tan distinto de la ciudad.

—Lo es verdad? —Le contesta Tom. —No hay nada mejor que la tranquilidad y el aire puro que se respira en San Antonio. Pronto te acostumbrarás y hasta harás nuevos amigos aquí.

Abby solo sonrió y volvió a mirar por la ventanilla. Pronto salieron del camino boscoso. A los costados ya no había árboles, solo grandes extensiones de sembradíos que se mecían suavemente, como si estuvieran danzando al lento ritmo de la brisa de primavera.

Entre los cultivos, las luces de una casa iluminaron un gran tronco caído. Allí Abby vio a un muchacho sentado, solo. Con sus manos se tapaba su rostro. A ella le pareció que se encontraba llorando, pero no estaba

segura, la camioneta pasó velozmente y pronto las luces de aquella casa se desvanecieron en el espejo retrovisor.

Pronto la camioneta llegó hasta el centro del pequeño pueblo. Sobre la única avenida asfaltada había un pequeño mercado al que habían puesto un cartel denominándolo "Supermercado", aunque era insignificante en comparación de los grandes Shopping y Supermercados que habían conocido allá en la ciudad. También pasaron frente a un gran Colegio, parecía antiguo, con sus grandes paredes hecha de ladrillos y altas ventanas decoradas con rejas negras. Grandes letras en forma de arco formaban la frase "COLEGIO CATÓLICO DE SAN ANTONIO".

—Míralo bien pequeña. Aquí deberás asistir a clases el próximo año. —Le dijo el comisario a la pequeña. —A pesar de estar en este pueblo insignificante, es uno de los mejores colegios de la región. Está dirigido por monjas. Yo me gradué aquí y déjame decirte que esas monjas son más estrictas que el peor de los Sargentos que he tenido en el ejército.

La niña solo sonrió y no respondió. Su mente había estado dispersa ese día. Había notado algo raro en su padre y eso le hacía recordar todo lo malo que le había ocurrido. Ambos intentaban dejar las penas en el pasado, pero la tristeza regresaba a sus vidas con insistencia una y otra vez. Esta vez tendría que ser diferente. Ella solo quería que su padre fuera feliz.

Finalmente llegaron a la casa del comisario Tom. Era una hermosa casa, con un jardín prolijamente adornado por canteros repletos de rosas, la chimenea que humeaba desde el techo de tejas le daba ese calor hogareño que fascinó a la pequeña.

—Buenas noches. Pasen por favor. —Les recibió una mujer delgada y bella, con brillantes ojos color café y cabello oscuro, largo hasta los hombros. —Hola pequeña. Soy María, la esposa de Tom. ¿Cómo te llamas?

—Soy Abby. —Contestó la pequeña con una sonrisa educada. María parecía ser una mujer amable, mientras los acompañaba hacia dentro de la hermosa casa le hizo una suave caricia en la cabeza de la niña.

Abby tomó asiento en un cómodo sofá recubierto de cuero marrón, tan suave y confortable que en poco tiempo comenzó a sentir sueño. Mientras los adultos colocaban la mesa, ella quedó admirando los cuadros colgados en la sala. Allí había un gran retrato, estaban Tom, su esposa, un pequeño de no más de cinco años y un adolescente, aquel retrato los mostraba abrazados, sonrientes, la imagen transmitía el amor que se sentían, aquel amor que solo una familia puede otorgar.

—Quiénes son ellos? —Le preguntó la pequeña cuando María pasó junto a ella levando unos platos hacia la mesa.

—Ellos son mis hijos. —Le contestó. —Simón es el mayor y David el más pequeño.

—Y donde están ahora?

—Bueno. El mayor ahora es camionero, así que se encuentra viajando y el más pequeño quiso quedarse unos días con sus abuelos en la ciudad, así que por algunos días solo seremos Tom y yo.

—Sabes? Siempre quise que alguno de mis hijos siguiera mi ejemplo y fuera un agente de la ley. Veremos si con David tengo suerte.

—Interrumpió Tom.

—Sabes que a tu hijo le gusta viajar y con ese trabajo le pagan para hacer lo que le gusta. De todos modos, se lo orgullosa que estas de él. —Le respondió su esposa mientras terminaba de acomodar los platos.

—Por favor pequeña, ven a sentarte. La cena está servida. —La llamó el comisario señalando la silla junto a Liam.

El exquisito aroma de la carne asada colocada en una gran bandeja junto a una buena cantidad de papas invadió toda la sala. Los cuatro se sentaron a la mesa. Entonces María hizo la señal de la cruz y comenzó a bendecir los alimentos.

Abby no supo que hacer. Intentó repetir aquella señal que era extraña para ella, totalmente desconocida. Sus padres nunca le habían enseñado nada sobre el catolicismo. Liam solamente se limitó a permanecer en silencio con la mirada clavada a la mesa.

—Señor. Bendice los alimentos que estamos a punto de recibir. Bendice a nuestros amigos y a nuestra familia. Te rogamos que en tu infinita gracia nos protejas hasta el día que descansen en tu paz. Amén.

—Amén. —Repitió la pequeña.

María no pudo evitar notar el desconocimiento de la niña.

—Abby ¿alguna vez has ido a la iglesia?

Ella negó con la cabeza.

—Cariño eso es un tema personal. No deberíamos incomodarlos con esas

preguntas. —Le interrumpió Tom.

—Tienes razón. Ya podremos hablar de esos temas. Discúlpame pequeña no quise incomodarte.

Liam permaneció en silencio. Se notaba la culpa y la incomodidad dibujada en su rostro.

—Es culpa mía. —Interrumpió de repente. —Nunca la he llevado a la iglesia. Ni siquiera la he bautizado. Pero supongo que nunca es demasiado tarde.

—Claro que no. Siempre serán bienvenidos en la iglesia. El padre Carlos es un hombre muy amable. Deberían ir a una de sus misas. Ustedes han pasado por mucho y estoy seguro que les haría muy bien escuchar la palabra de Dios.

—Gracias María. Lo haremos.

—Sobre todo en el lugar en donde están.

—No tenemos ningún problema con el lugar. Abby y yo no le tememos a los cementerios.

—No es por eso. En el pueblo corren los comentarios acerca de lo que está pasando en el cementerio. Alguien está invocando a las fuerzas del mal y deben tener cuidado.

Tom se echa a reír de repente. —Perdona a mi esposa. Ella es muy religiosa y sobre todo supersticiosa al igual que la gente del pueblo. No hay fuerzas del mal, solo un par de personas enfermas haciendo tonterías. Pronto las vamos a atrapar. Tú no te preocupes Liam.

Luego de haber terminado la cena, Tom y Liam permanecían sentados en cómodos sillones fuera de la casa. La luna brillaba tapada en partes por una estela de nubes. El aire fresco tornaba el ambiente agradable. La pequeña Abby se había quedado dormida en el sofá. María trajo una sábana y la cubrió con ternura.

—Solo quiero agradecerte todo lo que estás haciendo por nosotros Tom.

—No te preocupes. Nada es suficiente para pagar al hombre que salvó mi vida. Te dije que si alguna vez necesitabas de mí allí estaría y eso hago.

—Lo aprecio mucho.

— ¿Aún recuerdas ese día?

—Trato de no hacerlo. Pero todo viene a mi mente una otra vez. Murieron tantas personas, tantos compañeros ese día. Intenté superarlo pero no pude. Debí hacerte caso, debí dejar el ejército, pero no lo hice. Quería venganza y eso me llevó a cometer actos grotescos que me persiguen hasta hoy.

—No fue tu culpa. Eran tiempos violentos y tú solo estabas a órdenes de personas desalmadas. Algún día me contarás todo amigo. Pero ahora, tengo algo para ti. Acompáñame al garaje.

Cuando entraron al garaje, Tom quitó unas telas que ocultaban algo.

—Esto es para ti. —Dijo señalando una vieja motocicleta.

—Tom no puedo aceptarla. Ya hiciste demasiado por mí.

—Por favor acéptala. Es para que puedan ir y venir al pueblo cuando quieras. Créeme la van a necesitar.

—Gracias Tom. Te lo agradezco de verdad.

Aquella noche, Liam y Abby volvieron en la motocicleta. La pequeña sonreía y ondulaba su mano en el viento. La noche era serena. El silencio sepulcral del pueblo solo fue interrumpido por el sonido del motor mientras pasaban por las desiertas calles. Ya era más de media noche. En aquel aislado poblado, a gente se acostaba apenas anochecía y se levantaba con las primeras luces del alba. Pronto dejaron atrás el pueblo.

Cuando pasaron frente al cementerio, la niña miró hacia otro sitio. No quería decirle a su padre, pero la verdad era que le tenía miedo a aquel lugar. Aquel conjunto de viejas tumbas, donde los cadáveres se descomponían en soledad le provocaba un profundo pavor, pero no quería que su miedo afectara la decisión que había tomado su padre. Ella quería que su padre fuera feliz y si para ello debía luchar contra su miedo, lo haría con gusto.

Cuando finalmente llegaron a la casa, la luz de la motocicleta alumbró algo que se movía entre las sombras. Allí estaban los brillantes ojos de aquel conejo que reflejaban el brillo de la lámpara del vehículo. Abby lo miró y le sonrió. De alguna extraña manera ella sintió, al menos por un instante, que aquel pequeño animal estaba allí buscándola.

Capítulo 5

1

Un silencio sepulcral se había apoderado de aquella tranquila y calurosa noche de diciembre en las afueras de San Antonio. Mientras la pequeña se había quedado dormida, completamente extenuada, Liam se encontraba en su habitación, sentado en una destartada silla de madera junto a la ventana abierta de par en par. Las bocanadas del maloliente humo del cigarro barato que fumaba de manera intermitente, se entremezclaba con el aire puro que ingresaba del exterior. La luz de la luna llena ingresaba por entre las flameantes cortinas iluminando la oscuridad de aquel cuarto. Liam permanecía con los brazos cruzados, los pies apoyados sobre el marco del ventanal, sumido en sus pensamientos, mirando la luna de manera hipnótica. Parecía mucho más grande que de costumbre, se podía observar con pasmoso detalle todas las formas de su superficie, los cráteres y los valles. Había algo extraño en su blanquecina luz, parecía ejercer una extraña energía que perturbaba la serenidad nocturna. Liam sintió una extraña sensación, una angustia que le invadía el pecho. La horrible sensación de que algo terrible estaba por ocurrir. No pudo evitar pensar en aquellas siniestras visiones de almas en pena viviendo por él, y sobre todo, no pudo evitar pensar en el cuerpo putrefacto de aquel niño, la imagen de su cráneo desprendido y las vísceras chorreantes que lo hicieron sentir enfermo.

—Solo cálmate Liam. Todo está en tu cabeza. —Intentó calmarse a sí mismo. Dando un último pitido al cigarro, arrojó la colilla todavía humeante por la ventana.

Cuando se disponía a acostarse, un leve sonido llamó su atención. Pareció ser el sonido de una de las teclas de la vieja máquina de escribir accionándose. Al mirar hacia el escritorio donde la misma reposaba, no vio nada. Se acercó hacia ella. Tocó sus teclas con suavidad, pulsó la tecla x y el mecanismo hizo que el cuño impactara contra el viejo papel que estaba colocado. —Funciona perfectamente. —Se dijo así mismo, y de pronto, una inexpresable necesidad de escribir se apoderó de él. Vino a su mente el recuerdo del psiquiatra al cual había asistido en tantas ocasiones, el cual le había recomendado relatar cómo se sentía escribiéndolo en un diario. Por supuesto le había parecido una estupidez, pero luego de años guardando una enorme pena, sintió la desesperante necesidad de relatar todo por lo que había pasado y así se dispuso a hacerlo.

Encendió otro cigarro, colocó otra amarillenta hoja en la máquina y lentamente las palabras comenzaron a fluir.

“Hoy me he vuelto a sentir extraño. Extraño como otras tantas veces en mi vida, pero esta vez es diferente. Una angustia que me carcome el alma

aflora cada vez con más intensidad. La mentira, la devastadora mentira y los horrendos pecados que he cometido vuelven para atormentarme.

Al principio pensé que era este pueblo que había despertado algo en mi, pero luego me di cuenta que siempre he sido yo. Sin importar al lugar que vaya la pena siempre me perseguirá. El rostro de aquella joven, a la que puse fin a su vida de manera tan cruel siempre se encontrará allí, siempre observándome, esperando el momento en que todo el mal que he hecho finalmente me consuma. He hecho tantas cosas atroces, he tenido tanto odio en mi ser que me ha llevado a convertirme en un monstruo. Si. Eso es lo que soy, un monstruo. Por más que lo intente cambiar, por mucho que trate de alejarme, es eso lo que soy. Y los monstruos solo pueden terminar de una manera, solos. Quizás sea eso lo que más me aterra, que la inmundicia que llevo por dentro termine arrastrando a lo que más quiero lejos de mí. Si ella supiera que le he mentado toda su vida su odio la alejaría de mí para siempre...”

Liam dio un gran suspiro. Arrojó la colilla del cigarro completamente consumido y encendió otro. Al principio pensó que era el humo del tabaco que le irritaba los ojos, pero luego se dio cuenta que se encontraba llorando. Las lágrimas no dejaban de salir, un llanto desgarrador e incontrolable se apoderó de él. La garganta casi se le cerraba haciéndolo toser.

—Que sucede papa? —Lo interrumpe la pequeña, quien habiéndose despertado por la tos de su padre entra a la habitación para ver que sucedía.

—Nada hija. —Le contesta el secándose las lágrimas. —Este cigarro barato me ha provocado tos.

—Deberías dejar de fumar. Ya he perdido a mamá por el cáncer, no quiero perderte a ti también.

—No lo harás hija. Siempre estaré contigo. Te lo prometo.

La niña le da un fuerte abrazo a su padre. Era todo lo que el necesitaba.

—Que escribes? —Preguntó ella al ver las letras sobre el papel, pero él quita la hoja con rapidez evitando que ella pudiera leerla.

—Nada hija. Solo cosas.

—Pero déjame leerla.

—No hija, me apena mucho. Algún día te lo enseñaré. Ahora vete a dormir. Es muy tarde y los niños no deben permanecer despiertos tanto

tiempo.

Luego de acompañar a su hija nuevamente hasta su cuarto, Liam la cubre con las sábanas con ternura y le da un beso en la frente. —Buenas noches hija. —Le dice mientras ella se queda dormida.

2

La noche estaba serena. Solo el ocasional ladrido de algún perro famélico que revolvió los botes de basura buscando restos de comida con los que alimentarse perturbaba el silencio del pueblo. Eran exactamente las tres de la mañana cuando Ariel Smith salió de la casa de su amigo Pedro Peralta para caminar las cinco cuadras que lo separaban de su casa. Los amigos habían pasado una noche viendo películas de terror sin percatarse del paso de las horas, hasta que realmente se le había hecho muy tarde. En su mente solo había preocupación. Recordaba la advertencia de su madre que le había dicho que no volviese muy tarde. Sabía perfectamente lo que le aguardaba. Todavía podía sentir los fuertes golpes con el cinturón que había recibido la última vez que la había desobedecido.

El adolescente caminaba velozmente. Las calles del pueblo, apenas iluminadas con las amarillentas luces del alumbrado público, tenían un aspecto desolador. Mientras se dirigía hacia su casa no pudo evitar quedar maravillado por el aspecto que tenía la luna esa noche. Era mucho más grande que de costumbre. Parecía el enorme ojo de un ser celestial que todo lo observaba.

A medida que se iba acercando a su vieja y descuidada casa ubicada sobre un camino de tierra, casi en los límites del pequeño poblado, Ariel deseó con todas sus fuerzas que su madre estuviera tan ebria, como en tantas otras ocasiones desde que su padre los abandonó hace más de cinco años, que no le importara que hubiera llegado tan tarde. Sabía que su madre no dudaría en descargar todo su enojo con él.

Cuando estuvo frente a la casa, notó que la luz de la sala estaba encendida. Su madre estaba despierta esperándolo.

Ariel permaneció observando la delgada silueta de su madre, parada junto a la ventana. Por un momento pensó en salir corriendo. Escapar de todo eso. Pero finalmente decidió entrar.

Abrió la puerta muy despacio intentando no hacer ruido. Al entrar vio a su delgada madre de espaldas, mirando hacia una gran cruz colgada en la pared de la sala. Su desgastado vestido floreado y su cabello suelto y descuidado le daba un aspecto sombrío.

Ariel quedó aterrado cuando vio aquel grueso cinturón que colgaba de la mano de su madre. Intentó caminar hacia su habitación en silencio, pero

solo alcanzó a dar unos pasos.

—Detente ahí ahora mismo! —Gritó su madre.

Ariel se detuvo. Permaneció en silencio con la mirada clavada hacia el piso de madera.

—Nuevamente me has desobedecido. ¿Acaso ese es el respeto que le das a tu madre?! —Gritó la mujer mientras el primer golpe con el cinturón impactó sobre el brazo de su hijo.

—Perdóname mamá. —Intentó apaciguarla en vano. Los golpes se sucedieron uno tras otro mientras el arrugado rostro de la mujer se desfiguraba en una expresión de ira.

—Eres un malagradecido tal como tu padre! — Gritó antes de que el último golpe, esta vez con la hebilla de metal impactara sobre el rostro de Ariel. La sangre no tardó en aflorar del corte que le provocó en la frente.

Al ver lo que había hecho, la madre se percató que se había sobrepasado. —Perdóname hijo. —Le dijo soltando el cinturón.

Ariel corrió hasta su habitación. La mujer comenzó a llorar. —Perdóname hijo! —Volvió a decir entre llantos. Fue hasta la cocina y volvió a abrir la botella de wiski que apenas hace unos momentos había cerrado. Sirviéndose un gran vaso lo bebió rápidamente como una persona sedienta bebe un vaso de refrescante agua, luego se sirvió otro. Mientras ahogaba sus penas en alcohol, observó la gran luna por la ventana.

3

La herida en su rostro no paraba de sangrar. Pronto la almohada de Ariel estuvo manchada de un rojo intenso. Permaneció en silencio, mirando hacia el ventilador de techo que giraba lentamente rechinando y apenas soplando una leve brisa. Su rostro blanquecino tenía una expresión de enojo. Sus ojos marrones parecían llenos de un intenso odio. Odio hacia su padre que lo había abandonado y odio hacia su madre que desquitaba su frustración golpeándolo y bebiendo. Su felicidad se había ido por completo. Muy atrás quedaron aquellos recuerdos en los que eran una familia feliz. Aquellos cumpleaños en los que estaban los tres juntos sonriendo. Luego vinieron las discusiones. Recordaba cómo se encerraba en su cuarto y se tapaba los oídos para no escuchar como sus padres se gritaban y golpeaban mutuamente, hasta el día en que finalmente su padre se marchó. Recordaba salir corriendo tras él. —Papá espera. No te vayas. —Le había suplicado, pero él ni siquiera volteó a verlo. Subió a su camioneta y partió velozmente dejando a su hijo mirándolo desde el

medio de la calle.

Desde ese día todo fue una tortura. Su madre que trabaja como enfermera en el asilo del pueblo, donde debía lidiar con personas enfermas y desequilibradas, volvía cada tarde de su odiado trabajo y bebía, y cada vez que estaba ebria, veía en el rostro de su hijo, el rostro del hombre que la abandonó. El desprecio hacia su hijo fue creciendo. Los insultos y golpes no tardaron en aparecer cada vez que la más mínima cosa la molestaba. Fueron años de tristeza. Muchas veces debió sostener la cabeza de su madre mientras esta vomitaba descontroladamente aferrada al inodoro. Otras tantas, debió despertarla y llevarla hasta la ducha para que pudiera ir a su trabajo en condiciones medianamente dignas. Pero a pesar de todo lo que hiciera, el desprecio de su madre hacia él, nunca se iba.

Eran cerca de las cuatro de la mañana, cuando finalmente el sueño vino a él. Sus parpados comenzaron a pesarle y sus ojos se entrecerraban. Fue en ese momento, que un suave susurro llamó su atención. —Ariel. —Lo llamaba una dulce voz de mujer desde fuera.

Sobresaltado, el joven se levantó y miró por la ventana. Allí, parada junto al gran árbol de roble en su patio trasero, estaba la mujer más hermosa que hubiera visto en su vida. Tenía un vestido antiguo de estilo colonial, de un negro profundo. Sus cabellos dorados y sus ojos de un verde profundo parecían resplandecer en su pálido rostro iluminada por la luz de la luna.

—Mi pobre niño. —Decía la mujer con una voz melancólica e hipnótica.

Ariel se frotó los ojos. Parecía ser solo una bella alucinación. Cerró sus ojos con fuerza y volvió a abrirlos. Allí seguía aquella mujer, observándolo fijamente. Había algo en aquellos grandes y resplandecientes ojos que hacían que no pudiese dejar de mirarlos, como un indefenso ratón no puede dejar de mirar los ojos de una serpiente. Sin poder resistirse, casi de manera involuntaria, Ariel salió de su cuarto por la ventana. Con sus pies descalzos pisó la hierba humedecida por el rocío matinal. Caminó hacia la mujer. —Ven mi niño. Tu vida está llena de tristeza. Yo haré que tus penas desaparezcan. —Le susurraba la mujer con aquella voz que parecía resonar dentro de su mente.

Ya en un estado hipnótico, Ariel se acercó hasta su extraña visitante y tomó su mano adornada con un gran anillo dorado con una gran roca roja resplandeciente. —Mi pequeño. Eres muy especial. No mereces seguir sufriendo.

Ariel solo pudo asentir con su cabeza. Se encontraba maravillado por el hermoso rostro de aquella mujer. Juntos comenzaron a caminar hacia la

oscuridad.

—Hijo! ¿Qué estás haciendo?! —Gritó su madre desde la ventana. —
¡¿Quién es usted?!

El joven volteó a mirar a su madre. La miró con tanto odio y rencor que ella comprendió que lo perdería para siempre. La madre salió de su casa corriendo desesperada. Entre llanto le suplicó a su hijo que no se marchara, pero este no volteó a verla. Siguió caminando aferrado de la mano de aquella mujer.

—Tú maldita. ¡Suelta a mi hijo! — Gritó mientras intentaba alcanzarlo.

La mujer se detuvo. Volteo hacia la madre. Su rostro ya no era aquel rostro bello y angelical. Su rostro se transformó en la imagen de un horrendo ser sin ojos, con cuencas vacías y profundas que parecían ser la nada misma. Los dientes puntiagudos y afilados sobresalían de un putrefacto rostro completamente quemado. Tal solo al ver aquel horripilante ser, la madre entró en shock. Fe incapaz de seguir corriendo. La fuerza de sus temblorosas piernas se le fueron y cayó pesadamente a suelo. Levantó su mano en dirección a su hijo con desesperación, pero de un momento a otro, había desaparecido. La mujer se encontraba sola, tirada en el húmedo suelo llorando desconsoladamente. Sobre ella brillaba la luna, testigo silencioso de aquel terrible suceso.

Capítulo 6

1

Las campanas de la iglesia del pueblo retumbaron en cada rincón de San Antonio aquella cálida mañana de domingo. En la Comisaría, Tom se preparaba para otra aburrida jornada de trabajo. Se acomodó en su sillón y emitió un fuerte suspiro al ver la cantidad de papeles en su escritorio. El realmente odiaba las tareas de oficina, pero sabía que era algo que inevitablemente debía hacerse. Luego de servirse una gran taza de café, se dispuso a organizar los informes y denuncias. Por la ventana de su oficina observaba a la gente que se dirigía a la misa dominical.

Pensaba en lo mucho que le hubiera gustado ir junto a su familia, pero para él su prioridad era el trabajo, esto le había acarreado más de una discusión con su esposa. Mientras daba un gran sorbo a su bebida caliente unos gritos desde el recinto de la guardia llamaron su atención.

—Por favor señora. Tiene que calmarse. — Suplicaba el obeso Sargento Vega a la señora Smith quien a los gritos y sumamente alterada exigía hablar con el comisario.

—¿Qué sucede aquí? — Pregunta Tom, molesto por aquel alboroto.

—Tom debes ayudarme. Algo se llevó a mi hijo.

— Sara. Por favor tienes que calmarte. ¿Qué se llevó a tu hijo?

—Anoche algo se llevó a mi hijo. Parecía una mujer, pero no lo era. Era algo monstruoso. Era el diablo. El diablo se lo llevó.

—Sara acaso has bebido? —Pregunta al sentir el inconfundible aroma etílico en el aliento de la mujer.

—Si he bebido, pero juro que estoy diciendo la verdad. Algo se llevó a mi hijo. Tienes que creerme.

—Seré honesto contigo. Hemos recibidos muchas quejas. Tus vecinos se han quejado de tus gritos. Qué siempre insultas y golpeas a tu hijo. Ahora dices que algo se lo llevó. ¿Pero no es más probable que solo haya huido de ti?

— Es verdad. Anoche lo golpee por llegar tarde. Pero no estoy mintiendo. Sé que es difícil de creer, pero es la verdad. Algo se lo llevó. No puedo explicar que era, solo vi su horrible rostro alejándose junto a mi hijo.

—Te diré algo. Buscaré a tu hijo y lo traeré de vuelta. Ahora porque no

vuelves a tu casa y duermes un poco. Creo que eso despejará tu mente.

—De ninguna manera. Yo iré contigo.

—Ya has hecho suficiente. Es mejor que te vayas. Te diré la verdad. Odio a las personas que maltratan a sus hijos. Si dependiera de mí hasta ayudaría a tu hijo a mantenerse alejado de ti, pero lamentablemente no puedo hacerlo. Cumpliré mi tarea como Policía y lo traeré de nuevo. Pero escúchame bien. Si vuelves a ponerle una mano encima, si vuelvo a escuchar otra queja por maltrato, juro que haré todo lo que esté a mi alcance para que termines tras las rejas.

La mujer permaneció en silencio, con una mezcla de desasosiego y enojo. A pesar de que quería gritarle en la cara de Tom lo grosero que estaba siendo con una mujer, permaneció callada. La preocupación por la desaparición de su hijo pudo más que su carácter volátil.

Sara se retiró en silencio. Caminaba de manera apresurada hacia su hogar. Tenía la esperanza de que su hijo estuviera allí. Que Tom tuviera razón y todo hubiera sido producto de su ebriedad, pero las cosas difícilmente suceden como uno lo espera.

Tom permaneció observando como la señora Smith desaparecía de su vista bajando por la calle Cisneros.

—Que haremos jefe? —Pregunta el Sargento Vega mientras se secaba la transpiración de su regordete y enrojecido rostro.

—Esa mujer está loca, pero debemos buscar a su hijo. Lo más probable es que solo esté por ahí escondido. Yo también huiría sin pensarlo si tuviera una madre así.

Tom subió al patrullero y comenzó su recorrido. Primero comenzó por el centro del pueblo. Observó atentamente las bancas de la plaza principal, pensó que allí podía haber pasado la noche escapando de una segura golpiza de una madre alcohólica. Luego recorrió una a una todas las calles. No hubo ningún resultado. Continuó su búsqueda hacia los caminos rurales. Golpeó una a una las puertas de las familias de agricultores. Preguntó infructuosamente si alguien había visto al hijo de la señora Smith. Nadie lo había visto.

Las horas fueron pasando. El sol se elevó hasta el centro del cielo y luego comenzó a descender hacia el oeste. El día se iba escurriendo con el implacable paso del tiempo. Finalmente, cuando el ocaso era inminente, Tom abandonó su búsqueda.

La inmensa luna llena, redonda y amarilla emergía desde el horizonte cuando se dirigió hacia la casa de Sara Smith, esta se encontraba en el

pórtico, caminaba de un extremo al otro como un animal enjaulado. Al ver el rostro cansino del Oficial de Policía, la madre inmediatamente comprendió que su hijo no había aparecido. Lanzándole una mirada de aflicción, ingresó a la casa dando un sonoro portazo.

Completamente extenuado, y pensando que había fracasado, Tom se retira. Desde la ventanilla entreabierta del patrullero observa la enorme luna. Una sensación inexplicable, como esas que se tienen cuando se siente que algo terrible está a punto de suceder, recorrió todo su ser. Las cosas se habían vuelto muy extrañas en el pueblo.

2

Aquella noche, fue la noche más tortuosa que hubiera vivido en toda su miserable vida. La sola idea de que su hijo estuviera en peligro, hacían que Sara se retorciera de desesperación. Su ausencia le hicieron comprender lo horrible que ha sido con su hijo. A su mente vinieron todas aquellas veces en que deseó que su hijo desapareciera, como lo culpaba por todos los males de su vida, como había hecho que su infancia estuviera llena de infelicidad.

—Perdóname hijo. —Decía entre llantos profundos.

El viejo reloj que colgaba sobre la puerta de la cocina indicaba que ya habían pasado de la medianoche. La angustia se hizo insoportable. Sara recurrió a la única cosa que siempre pudo calmar sus nervios. Destapando la botella de wiski, se sirvió un vaso repleto y lo bebió rápidamente. El ardor del alcohol pasando por su sedienta garganta la hace toser descontroladamente. —Pero que estoy haciendo? Debería estar buscando a mi hijo y en lugar de ello me encuentro aquí bebiendo. Soy una maldita ebria, eso es lo que soy.

Arrojando la botella con ira, la hace estallar contra la pared. El líquido transparente se escurre desde los muros hasta el sucio piso de la sala.

Entonces la puerta trasera de la casa se abre con pasmosa lentitud. Allí estaba Ariel, mirando a su madre con ojos perdidos. La expresión seria y sombría en su rostro lo hacían ver como un enfermo terminal, débil, pálido, casi sin atisbos de vida.

—Hijo. ¿Qué te ha pasado? —Dijo su madre mientras corría hacia él. —Te encuentras bien? —Le preguntó mientras lo estrechaba entre sus brazos con fuerza. Pero Ariel no reaccionó. Con gélida indiferencia permaneció en silencio mientras su madre se deshacía en lágrimas.

—Respóndeme hijo! ¿Qué es lo que te sucede?

Pero su hijo no respondió. Su cuerpo lucía extremadamente pálido. El brillo de sus ojos parecía haberse evaporado.

—Debemos ir al médico.

—Necesito que me acompañes madre. —Fueron las palabras que respondió Ariel, con una voz suave y serena.

—Donde quieras que te acompañe?

—Tienes que venir conmigo. —Le respondió mientras tomaba su mano con suavidad y caminaba hacia el exterior.

—No entiendo hijo. ¿Dónde vamos?

Su hijo no contestaba y ella, en una mezcla de alegría y preocupación, lo siguió a pesar de que todos sus instintos le gritaban que lo tomara por la fuerza y corriera en sentido contrario. Caminaron durante un largo rato. Las opacas luces del pueblo iban quedando atrás y la impenetrable oscuridad a los lados del viejo camino terroso que se dirigía hacia el cementerio del pueblo fue lo que pronto percibieron sus ojos.

El desquiciante silencio de su hijo y la tenebrosa penumbra en la que se encontraban inmersos hicieron que por fin quisiera reaccionar.

—Terminemos con esta locura. Es hora de volver a casa. —Le dijo la madre a su hijo intentando jalar de su brazo, pero este ni siquiera se movió. Aterrada, se dio cuenta que la mano de su hijo se estrechaba sobre su muñeca con una fuerza arrolladora. En vano intentó soltarse. Ariel comenzó a caminar tirando de su madre. El dolor que la mujer sintió en su muñeca la hizo gritar, pero Ariel ni siquiera se inmutó ante el dolor de su madre. Continuó su paso continuo y desesperantemente firme mientras su madre erra arrastrada sin poder oponerse. Fueron en vano los golpes que intentó darle a su hijo, este apretaba más y más de sus muñecas hasta que casi pudo oírse el sonido de las articulaciones a punto de romperse.

La madre intenta resistirse, pero luego cede. Continúa llevando el paso de su hijo intentando convencerlo sin éxito.

Sara se horrorizó al darse cuenta que se encontraban en el mismísimo cementerio. Ese lugar aterrador al que siempre intentó evitar. Su hijo continuaba con un silencio sepulcral, tan solo continuaba caminando y jalando de su mano. Había algo extraño aquellas pequeñas manos, ya no tenían la calidez del cuerpo de un inquieto niño, en lugar de ello, eran frías, gélidas, como si carecieran de toda vida.

En absoluto silencio, caminaron entre las sombrías tumbas. La luna emergía y se ocultaba de manera intermitente entre las oscuras nubes que comenzaron a salpicar el oscuro cielo de diciembre. Pronto habían recorrido todo el camposanto hasta llegar al último y gran nicho. El hijo se detuvo. Continuó enmudecido, mirando hacia las puertas de aquella sepultura.

—Hijo. Por favor. Solo Vámonos a casa. —Suplicó la madre jalando el brazo de su hijo, pero este permaneció firme, como si los fuertes tirones de su madre fueran hechos por una niña pequeña. Su mano apretó con fuerza la mano de la mujer, quien inútilmente intentó zafarse.

—Hijo que estás haciendo? Por favor déjame ir...

La puerta del sepulcro comenzó a abrirse lentamente. El chirriar del oxidado metal produjo un sonido aterrador que interrumpió el silencio imperante entre las tumbas. Horrorizada, la mujer vio como desde dentro emergía aquella mujer. El pálido rostro de aquella dama vestida de manera antigua, resplandecía con una macabra sonrisa.

Sara no pudo evitar quedar atónita por aquellos fulgurantes ojos. El rostro de la mujer vuelve a cambiar. Allí estaba de nuevo aquel ser demoniaco de dientes puntiagudos. De pronto todo se vuelve negro, el absoluto terror hizo que la madre cayera desmayada, con su mano todavía sujeta a la de su hijo.

3

Cuando Sara despertó no pudo ver más que tinieblas. No entendía dónde estaba. Intentó levantarse, pero horrorizada se percató que sus manos y pies estaban atadas en una gran mesa hecha de roca. Gritó con todas sus fuerzas una y otra vez, pero nadie respondió.

—Dónde estoy? —Se preguntaba al borde del llanto.

A lo lejos observó un leve destello. Parecía la cálida luz de una llama encendía en la oscuridad absoluta. —Auxilio! —Gritó nuevamente.

La luz brilló con más intensidad. Luego fueron dos. Luego de unos instantes eran más de diez las luces que brillaban a lo lejos. A medida que se acercaban, pudo ver que eran antorchas.

—Auxilio!! ¡Estoy aquí! ¡Alguien que me ayude por favor! —Clamaba la aterrada mujer.

Continuó gritando hasta que el pánico la hizo callar. Las antorchas se acercaron y pronto rodearon aquella mesa que la hacía prisionera. Allí, sosteniendo las antorchas estaban personas. Personas vestidas de negro

con capuchas ocultando sus rostros. La negrura de sus mantos solo era interrumpida por un dibujo. Un pentagrama invertido dentro de un círculo, brillaba bajo la luz de las llamas. con un rojo intenso en los pechos de lo que parecían ser túnicas.

— ¿Quiénes son ustedes? ¡Déjenme ir! —Suplicó Sara.

De pronto el círculo de personas se abrió y de la oscuridad emergió su hijo.

—Ariel que está pasando? Déjame ir por favor. Siento mucho todo lo que te he hecho hijo. ¡Perdóname! —Dijo la madre llorando desconsoladamente.

Ariel se acercó a ella y poniendo su dedo sobre los labios de la mujer la hizo callar.

—No temas madre. Pronto terminará todo.

Tras el muchacho apareció nuevamente aquella diabólica mujer. Las personas vestidas con túnicas se arrodillaron ante ella.

—Esta noche serán testigos del poder del señor de las sombras. Esta noche se le concederá a este joven un gran poder, pero todo poder exige un sacrificio.

Ariel toma un gran cuchillo, cuya afilada hoja destelló ante la luz de las llamas.

—Que estás haciendo hijo por Dios! —Gritó la madre.

—Oh señor de la oscuridad. Tu que todo lo ves. Tu que todo lo sabes. Guíanos hacia tu gracia. Acepta este sacrificio en tu honor y concédenos ser partícipe de tu infinito poder.

El muchacho levantó el enorme puñal de hoja curva sobre el cuerpo de su madre y lo bajó con fuerza penetrando en el pecho de la desdichada mujer. La sangre comenzó a correr de manera incontenible.

—Por la sangre de esta mujer te pedimos que liberes a tu hijo Amon! Toma el cuerpo de este muchacho, tu sirviente y haz que sea su receptáculo. ¡Tráelo de nuevo a este mundo para desatar todo el mal que la humanidad pecadora se merece!

El silencio del lugar fue reemplazado por atemorizantes gritos y alaridos demoniacos. El lamento de miles de almas en pena, venidas desde las mismas profundidades del mismo infierno, retumbaron entre las frías y

oscuras paredes de aquel lugar.

Sara se retorció de dolor mientras sentía que la vida se le escapaba de su cuerpo. Aterrada vio en sus segundos finales como su hijo deslizaba el cuchillo de manera despiadada abriendo una gran herida. Las frías manos del muchacho se introdujeron en ella y extrajeron el corazón todavía palpitante de su madre.

Sosteniendo el órgano frente a él, observó cómo lentamente dejaba de latir. —Oh señor oscuro, toma a tu humilde siervo. Hazme instrumento de tu venganza.

Ariel tomó el corazón de su madre y lo devoró sin contemplación. Con su rostro empapado de sangre sonrió. Los sonidos infernales cesaron de repente. Luego se pudo oír otro sonido más aterrador, capaz de helar la sangre del más valiente. El horripilante gruñido de una bestia enorme estremeció aquella oscuridad absoluta solo interrumpida por el brillo de las llamas.

Algo horrible había sido desatado aquella noche de diciembre en el pequeño poblado de San Antonio.

Capítulo 7

La noche estaba serena. Desde la ventana de su habitación Liam observaba como la luz de la luna iluminaba las distantes cruces del cementerio. El reloj sobre su escritorio marcaba la una de la mañana. Permaneció mirando hacia la nada mientras daba una última pitada a su cigarro, luego tomó la linterna que descansaba en el armario junto a su cama y se dispuso a realizar una recorrida nocturna. No era lo más sabio para hacer, pero era su deber. Cosas extrañas estaban sucediendo, y su deber como cuidador era precisamente eso, cuidar el cementerio.

Luego de asegurarse que su hija estuviera durmiendo, cerró con cuidado la puerta de la habitación de la pequeña procurando no despertarla. Luego de asegurarse que todas las puertas y ventanas de la casa estuvieran cerradas, tomó una pequeña hacha recostada sobre leños cortados al costado de la casa y dando un gran suspiro de resignación se dirigió hacia aquel funesto lugar de reposo de los muertos.

Caminó con cuidado iluminando el sendero, mientras aterradores sonidos de ramas quebrándose entre la oscuridad de la maleza a los costados sonaban a medida que avanzaba.

—Solo son animales. Tranquilízate. —Se repetía a sí mismo. No tardó en arrepentirse de su decisión.

Cuando estuvo a punto de dar la vuelta y volver hacia la seguridad de su hogar, un sonido llamó su atención. Era el inconfundible sonido de las puertas de aquella siniestra sepultura abriéndose. Liam apagó su linterna y avanzó en silencio utilizando únicamente la luz de la luna para ver su camino. Pensaba que al fin descubriría quien se encontraba detrás de las profanaciones. Ocultándose detrás de las tumbas se dirigió agazapado hacia el sector más lejano del cementerio. Cuando estuvo cerca se arrojó al suelo y permaneció observando. Las enormes puertas estaban abiertas. Algo las había abierto.

Luego de unos minutos Liam comenzó a impacientarse. Ningún sonido volvió a oírse. —Quizás haya sido solo el viento que abrió las condenadas puertas. —Pensó. —Mejor vete de aquí.

Cuando se disponía a levantarse del húmedo césped en el que se había arrojado, el pavoroso sonido de algo enorme golpeando contra la puerta de metal lo inmovilizó por completo. Miró con atención, su respiración comenzó a agitarse más y más. Había algo dentro de aquella sepultura, algo que comenzó a producir aterradores bramidos, gruñidos y algo más, algo que le helaría la sangre. Un aullido, pero no un aullido como cualquiera que hubiese escuchado en su vida, un aullido feroz y lastimero

a la vez, casi parecía el lamento de un alma en pena.

— ¿Qué es eso? —Se preguntó preso del pánico.

— ¿Eso? Eso es tu inevitable castigo. —Contestó un susurro.

Liam volteó buscando a la persona que le había contestado. Se horrorizó al ver nuevamente a aquella joven que lo torturaba en sus pesadillas.

— ¿Qué quieres de mí? —Preguntó a la joven parada junto a él con la mirada perdida hacia aquella tétrica sepultura, con una macabra sonrisa dibujada en su pálido rostro carente de vida.

— No hay nada que quiera de ti Liam Baker, porque no eres nada. Ha llegado el momento de que pagues por todos tus males. Sufrirás en carne propia todo el dolor que has causado. Ha llegado el que te hará pagar a ti y a todos los malvados que causan sufrimiento en los demás.

—Siento mucho lo que te he hecho. Todos estos años no he podido quitar esta culpa que me carcome por dentro. Mi vida es solo una constante tortura y estoy listo para pagar por mis actos. Si debo morir estoy listo para hacerlo.

Liam se levantó del suelo. Dentro del nicho los rugidos y lamentos continuaban, como si la criatura que estuviera allí dentro se estuviese retorciendo víctima de un dolor atroz. Caminó lentamente hacia aquellas puertas que ocultaban aquel terrorífico ser.

—Estoy listo. Es hora de que enfrente mi culpa.

Continuó avanzando mientras las lágrimas recorrían su rostro y un nudo apretaba su garganta.

La joven caminaba junto a él mirándolo fijamente.

Liam se detuvo. Frente a él estaban las puertas abiertas de par en par. Se arrodilló frente a ellas con la mirada fija hacia el suelo. —Perdóname Abby. Sé que estarás mejor sin mí. —Se lamentó.

Sus manos temblaban de manera incontrolable, las apoyó en el suelo intentando que se mantuvieran quietas. Su corazón palpitaba con más y más fuerzas. El deseo irrefrenable de escapar chocaba en su interior con la necesidad de quedarse allí y poner fin de una vez por todas a su sufrimiento.

El sonido de las pisadas de algo enorme saliendo del interior de aquella tétrica construcción lo estremecieron. El miedo que sintió en ese momento no le permitió siquiera levantar levemente la vista para contemplar a su

siniestro verdugo. En lugar de ello permaneció en silencio, incapaz de cualquier reacción. Cerró sus ojos con fuerzas esperando que todo terminara en un sinfín de dolorosas mordidas. Las pisadas se detuvieron frente a él. Aquello que está allí no era algo humano. Sintió su poderosa respiración justo sobre su cabeza. Un terrible aroma fétido llenaba el ambiente con cada respiración de aquel ser. La criatura continuaba allí, solo respirando. Unas gotas de pegajosa saliva cayeron sobre la cara de Liam, pero aun así, con aquella aberración frente a él, no fue capaz de mirarla. Pero no era miedo a la criatura misteriosa lo que sentía, si no miedo a que al ver el horrendo rostro de su depredador, en un último momento de cobardía intentara escapar, le daba miedo seguir viviendo, miedo de seguir cargando con su pesada culpa. Por ello continuó con su cabeza agachada, con su cuello expuesto esperando la mordida fatal. Solo eso haría falta, una mordida en la arteria correcta y todo acabaría.

Pero la bestia, luego de olfatearlo por unos momentos, de manera repentina se alejó. Cuando Liam finalmente se atrevió a abrir sus ojos, se encontraba solo en medio del cementerio. La luna brillaba en lo alto del cielo entristecido de verano. Comienza a llorar amargamente. Debería seguir cargando con su culpa, la muerte nuevamente le era esquiva.

— ¿Acaso crees que es tan sencillo? La muerte es piedad para ti. Un escape a tu sufrimiento. Oh no Liam Baker, tu no morirás hoy. —Le susurró al oído aquella joven. —Tú no mereces piedad. Sufrirás más allá de lo imaginable. Te quitaremos lo más preciado para ti. Tú serás su condena.

—Nooooooo!! —Gritó enfurecido, pero la joven había desaparecido.

Tardó unos segundos en reaccionar. Cuando lo hizo la terrible sensación de que algo le podría suceder a su amada Abby lo estremeció. Se incorporó lo más rápido que pudo y corrió lo mas velozmente que le permitieron sus todavía temblorosas piernas. Tropezó y cayó pesadamente golpeándose el hombro, pero ni siquiera se detuvo a fijarse si se hubiese lastimada. Cuando finalmente llegó a su casa, abrió como pudo la puerta principal luego de que las llaves se le cayeran varias veces por su desesperación. Cuando pudo entrar corrió hacia la habitación de su hija. Al encender la luz, pudo ver la tranquilizante silueta de la pequeña tapada por las blancas sabanas. Seguía durmiendo. Su corazón volvió a su ritmo normal. Nada había sucedido.

Cuando finalmente recobró el aliento, y luego de fumar una cajetilla completa de cigarros, Liam se detuvo a pensar si todo lo que había visto u oído era real. Pensó por un instante que su cordura comenzaba a escapársele lentamente.

Capítulo 8

1

Era cerca del mediodía, y el calor que se sentía era mucho peor que el que podía llegar a sentirse en la ciudad. Sin dudas, el sol golpeaba con más fuerza en aquel lejano rincón del mapa, pero lo que empeoraba todo era la humedad, aquella humedad podía sentirse en el aire, hacía que las ropas se pegaran al cuerpo y que el sudor no se evaporara. Todo era muy distinto a la ciudad en donde habían pasado los últimos años. Liam pensaba en ello mientras regresaba a su hogar. Tom había detenido la camioneta en la entrada del camino que conducía a la casa.

Liam descendió del vehículo. Se secó el sudor de la frente con su pañuelo y se despidió de su amigo. La camioneta largó una gran bocanada de humo y el motor lanzó un potente rugido al ponerse en marcha.

Mientras caminaba los metros que lo separaban de su hogar, no pudo evitar pensar en todas las cosas malas que había hecho. Realmente no encontraba consuelo, no encontraba el perdón. Sabía que por más que tratara de enmendar las cosas, jamás podría reparar lo que había hecho. También pensó en que aquel lugar lejano no era el que había soñado. El mal se agitaba bajo el suelo de San Antonio, acechaba oculto entre los árboles y las tumbas. Él podía sentirlo muy adentro de su pecho. La angustia comenzó a apoderarse de él como una enfermedad. – Quizás venir no fue la mejor decisión. – Pensó a medida que caminaba con la mirada fija en la copa de los árboles que se mecían rítmicamente.

A medida que se acercaba, se percató que algo no estaba bien. Una de las sillas del comedor estaba colocada en medio del patio. En tan solo un instante, por su mente pasaron cientos de terribles ideas. Pensando que algo le había pasado a su pequeña, corrió desesperado. Empujó la puerta con fuerza, esta se abrió bruscamente golpeando contra la pared, provocando un fuerte estruendo.

– ¿Qué sucede papá? –Le preguntó Abby sobresaltada. La pequeña se encontraba sentada en el sofá. Tenía en sus manos un plato de cereales con leche. Frente a ella se encontraba la televisión encendida. Estaban transmitiendo sus dibujos animados favoritos.

–Hija. ¿Te encuentras bien? ¡Pero que susto me has dado! Pensé que algo te había pasado.

–Solo estoy aquí comiendo papá. Tranquilízate. ¿Pero qué cosa pensaste?

–Olvídalo. Solo me asusté al ver la silla en el patio. –Respondió mientras se esforzaba por recuperar el aliento. En su pecho, su corazón galopaba como un caballo de carreras.

–Lo siento mucho Papá, salí unos momentos a tomar aire fresco y luego me olvidé de guardar la silla. Lo siento mucho.

Liam dio un gran suspiro de alivio y se sentó en el sofá junto a su pequeña. Pensó en silencio mientras en la televisión un ratón ponía una trampa al gato que lo perseguía. Los años habían pasado, sin embargo aquella caricatura les seguía gustando. Ambos rieron viendo como el gato daba un gran grito al atrapar su pata en una ratonera. En ese instante, Liam vio en el rostro de su hija algo parecido a la felicidad. Estaban solos los dos, riéndose. Las dudas continuaban en su mente, pero al menos por ese instante todo parecía estar bien.

–Hija... quería preguntarte. ¿Realmente te gusta este lugar? – Preguntó finalmente. – ¿No quisieras irte a otra parte? Si es así, solo dímelo y nos iremos ahora mismo.

La pequeña permaneció en silencio con su mirada perdida hacia la nada. Luego de unos segundos finalmente miró a su padre. –Realmente me agrada aquí. Es pacífico, tranquilo y me gusta el bosque. Lo único que quiero es que tú estés bien.

–Gracias hija. Es lo único que necesito oír.

Ambos continuaron viendo la caricatura. Se rieron a carcajadas, alegres, mientras afuera el sol brillaba sobre el solitario bosque de San Antonio.

2

San Antonio era un lugar caluroso en los días de verano, pero por las noches, la temperatura bajaba y el ambiente se tornaba agradable. Suaves y frescas brizas llegaban desde el norte. Sentado en la mecedora del pórtico, Liam fumaba un último cigarro. Abby se había acostado luego de la cena. La noche era extremadamente silenciosa. Solo el sonido de los grillos y el ocasional canto de un búho interrumpían la quietud nocturna.

El fuego del cigarro finalmente llegó hasta la colilla. Liam la arrojó dentro de una lata que hacía las veces de cenicero. Pensó en encender otro, pero luego desistió. Recordó a Abby rogando que dejara de fumar. Ya había perdido su madre por el cáncer, no quería perderlo a él también. Si bien nunca pudo dejarlo, sí que había hecho todo lo posible para fumar lo menos posible.

Miró por última vez la luna que brillaba por entre las ramas de los árboles y luego entró nuevamente a su hogar. Se dirigió a su habitación. Se

dispuso a acostarse, pero vio la máquina de escribir sobre la mesa junto a la ventana. Nuevamente el incontenible deseo de escribir se apoderó de él.

Se sentó frente al improvisado escritorio. Corrió las cortinas dejando que la luz de la luna entrara por la ventana. La tétrica imagen de las tumbas a lo lejos, volvía el ambiente más lúgubre. Tomó las amarillentas hojas y volvió a escribir.

"Dicen que todo hombre malo es malo por una razón. Quizás esto sea cierto. Cuando era un niño, solía ver como mi padre golpeaba a mi madre hasta cansarse luego de volver ebrio de los bares cercanos. Fueron días truculentos. Aún recuerdo estar escondido debajo de la cama, tapándome los oídos para no oír a mi madre gritar.

Se podría decir que mi padre fue un hombre malvado. Podía verse su maldad en los moretones en el rostro de mi madre o en el mío. El alcohol era su debilidad, era lo que convertía a Domingo Becher un monstruo. Pero cuando no estaba ebrio, parecía ser un hombre distinto, un hombre que solo quería que su hijo fuera fuerte. Me gusta pensarlo de esa forma, su rudeza solo era para fortalecerme.

Mi hermano mayor, Alan, se había marchado al cumplir los dieciséis. En ese entonces yo tenía diez años. No había dicho a donde iba. Imaginé que solo quería huir de nuestro padre. Él, al igual que yo, había soportado sus palizas durante largos años. Sin embargo, también había otra razón. Quería escapar del servicio militar obligatorio. Todo joven al cumplir dieciocho debía prestar servicios por dos años en el ejército, y él, no estaba dispuesto a hacerlo. No quería terminar como nuestro padre, siendo un ex soldado, ahogando sus traumas en alcohol y desquitando su ira con su familia.

Desde el día que se fue, para mi padre Alan dejó de ser su hijo. No era más que un cobarde y un rebelde. En la mesa, durante las comidas, no podía ser nombrado. Para él, su sola mención era motivo de vergüenza.

–Óyeme bien hijo. Tú vas a ser fuerte al igual que yo. Tú vas a entrar al ejército y vas a ser mi maldito orgullo. –Recuerdo esas palabras, me las decía a menudo. Me las dijo una fría tarde de invierno cuando yo tenía catorce años. Había regresado de la escuela con sangre en mis labios y mis ojos morados. Entré muy despacio. Mi padre estaba sentado en el viejo sofá frente a la televisión. Las latas de cerveza vacías se acumulaban a sus pies. Cerré la puerta con cuidado y me dirigí muy lentamente a mi habitación. No quería que él me viera así.

– ¿A dónde vas? –Me preguntó de repente. De alguna manera, a pesar del alcohol, a pesar del sonido de la televisión, él me había oído. O quizás no

me había oído, quizás solo había sentido mi miedo.

Me acerqué a él. Me paré justo frente al sofá. No podía levantar la vista. Permanecía mirando fijamente al piso. Él tomó mi rostro y me obligó a mirarlo a los ojos. La sangre todavía fluía de la herida en mis labios y de mi nariz. Mi ojo derecho comenzaba a hincharse horriblemente.

–Dime. ¿Quién te ha hecho esto? –Preguntó con sorprendente tranquilidad mientras bebía su cerveza.

–Unos niños a la salida de la escuela. –Comencé a contarle, mientras el solo me observaba. Sabía que debía contarle hasta el último detalle. Si algo lo molestaba era que no le dijeran la verdad y no se la dijeran en detalle. –Son mayores que yo. Juan Heredia, Luis Pardo y Francisco Tapia. Van al último año, creo que tienen diecisiete. Al salir de la escuela suelen reunirse en la pequeña plaza sobre la calle Belgrano...–Me pasé la mano por la boca. La sangre había entrado en ella y su sabor casi me hace vomitar.

–Entonces. ¿Estos muchachos suelen molestarte? –Preguntó mientras daba otro sorbo a su cerveza.

Asentí con la cabeza. Me había puesto nervioso. Casi tan nervioso como cuando aquellos niños mayores que yo comenzaron a seguirme mientras me insultaban y se burlaban. Había algo en la mirada de mi padre que provocaba eso, un profundo temor.

– ¡Contéstame como corresponde maldita sea! –Gritó enfurecido mientras estrujaba la lata vacía.

–Sí papá. –Respondí aterrado. –Suelen molestarme. Siempre intento evitarlos, pero hoy no pude. Comenzaron a seguirme por la avenida, doblé por la calle Tandil dispuesto a perderlos, mientras ellos se burlaban y me llamaban marica.

Dime hijo. ¿Acaso eres un marica?

No lo soy. –Respondí lo más enérgicamente que pude.

Entonces ¿Por qué has huido? Huir es lo que hacen los cobardes, y ante Dios como testigo no permitiré que mi hijo sea un cobarde.

Pero eran más... No pude hacer nada.

Se levantó del sofá furioso y me dio una cachetada tan fuerte que me hizo caer. –Maldita sea. Pudiste pelear. Pudiste demostrarle que nadie se mete con los Becher.

Fue inútil seguir contando mi historia. Fue inútil explicarle como, en aquella calle solitaria, los muchachos me alcanzaron. Intenté escapar pero fue inútil. Juan Heredia, era un muchacho robusto, parecía ser mayor de lo que en realidad era. Con su rostro lleno de cicatrices ahuecadas que

una temporada de acné le habían dejado y su cabello negro y corto, fácilmente podía ser confundido con alguien que superara holgadamente los veinte. Él me sujetó contra un muro junto a un baldío, mientras sus dos cómplices revisaban mi mochila. No había nada de valor en ella. Les pedí que me soltaran, pero fue inútil. Juan Heredia me dio un puñetazo tan fuerte en el rostro que por un instante todo se volvió negro. Sin darme cuenta como, estaba en el suelo, con la sangre saliendo de mi boca. –Déjenme ir. –Supliqué. Ellos solo se rieron y comenzaron a patearme. No sé qué los motivaba a hacerlo. Quizás era mi aspecto, delgado y frágil o quizás fuera el hecho de que siempre anduve solo. No era muy bueno haciendo amigos. Era el callado de la clase, el que se sentaba solo en el rincón más lejano del patio de la escuela. Pensándolo fríamente, casi los entiendo, era como si tuviera un cartel en mi frente que dijera "GOLPEENME".

Mi padre ya no quiso escucharme. Intenté hablarle pero me ordenó que me callara. Cuando una lágrima rodó por mi mejilla, fue cuando me dio un segundo cachetazo. –Deja de llorar. Eres una vergüenza para mí. No eres más que un cobarde. ¡Desaparece de mi vista! –Me ordenó y así lo hice. Corrí hasta mi habitación y allí permanecí. Mi madre quiso alcanzarme la cena aquella noche, pero mi padre se lo prohibió. Yo debía ser castigado.

Al día siguiente, me preparé para volver a la escuela. Era un día particularmente frío. El césped había amanecido cubierto de una gruesa capa de escarcha. Me miré al espejo. Mi ojo estaba menos hinchado pero alrededor se había formado una horrenda mancha oscura. Resignado, tomé mi mochila y me preparé para marchar.

Me dirigí hasta la puerta. –Espera. Hoy no irás. –Me dijo mi padre. Fue algo sorprendente para mí. Pensaba que me haría ir de todas formas para que todos vieran que era un marica que no podía defenderse por sí mismo, pero al hacerme quedar sentí algo de bondad en él. Estaba tan equivocado.

–Hoy irás conmigo. –Me dijo de repente. Yo solamente asentí.

Aquel día nos subimos a su vieja camioneta. Una Ford destartada que tenía algo más de 20 años. Fuimos a dar una vuelta por el pueblo. Incluso se detuvo en la tienda y me compró una soda. Se podría decir que era la primera vez que pasamos un tiempo así con él, un tiempo de padre e hijo. La mañana fue pasando. Fuimos hasta la vieja granja donde el creció. Solo quedaban los vestigios de una casa en ruinas, la maleza crecida y las señales del abandono y del paso del tiempo. –Yo crecí aquí. –Me dijo con algo de melancolía en su rostro. –Aquí aprendí el valor del trabajo, del esfuerzo. Aquí cada mañana junto con tu abuelo, nos levantábamos con el alba y trabajábamos todo el día. Sin importar el calor, el frío o la lluvia, allí estábamos. Incluso cuando él ya era demasiado viejo, seguía trabajando. De él aprendí a ser un tipo rudo, a hacer que me respeten y el

valor del esfuerzo. Y es lo que quiero para ti hijo. Quiero que aprendas a defenderte. Que todos vean que no pueden meterse contigo.

Había algo de emoción en sus palabras. Por un momento, realmente sentí que mi padre me quería y solo quería lo mejor para mí. Realmente el solo quería que yo fuera mejor. Regresamos cerca del mediodía. En mi rostro se había dibujado una sonrisa. Esta feliz de pasar el día con mi padre, como nunca lo había hecho. Pero mi sonrisa se desdibujó cuando la camioneta se detuvo frente a la pequeña plaza sobre la calle Belgrano. Allí estaban los tres niños. Riéndose de otros pequeños que pasaban, burlándose de una anciana que a duras penas caminaba llevando las compras del supermercado.

– ¿Aquellos son los malnacidos? – Preguntó mi padre con el rostro impregnado de un profundo fastidio. Aquella falta de respeto hacia los demás no podía ser tolerada. Al menos en su mente, jamás podría dejar pasar algo así.

– Si papá son ellos. Pero no es necesario que hagas...

– Cállate. – Me grito de repente. Y eso hice. Permanecí en silencio. Ambos lo hicimos. Permanecimos en la camioneta durante más de una hora, observándolos. Finalmente el grupo se separó. Juan Heredia dobló por la calle Tandil mientras los otros siguieron de largo por la calle Belgrano. La camioneta se puso en marcha.

Seguimos Juan Heredia por la calle Tandil, aquella calle solitaria en la que había baldíos y fábricas abandonadas. Mi padre puso su mano bajo el asiento y sacó una gran barra de metal. – Papá ¿Qué quieres hacer? No lo hagas. – Le supliqué.

El solo se rio. – Yo no haré nada. Tú lo vas a hacer. – Extendió su mano pasándome la barra. El metal estaba frío. Helado en realidad. Era increíblemente pesada. O quizás solo me pareció en ese momento. Mi corazón palpita y el miedo se apoderó de mí. Negué con mi cabeza. No quería hacerlo. No quería lastimar a nadie sin importar lo que me habían hecho.

– Escucha hijo. Debes hacerlo. Tienes que ser fuerte. Tienes que defenderte o seguirán molestándote toda tu vida. No solo esos malditos. Allá afuera está llena de brabucones como esos. Depende de ti hacerles frente o dejar que te pisoteen.

– Pero papá...

– Cállate. – No me dejó terminar mi súplica. – Tienes que pensar como un soldado. Nunca te enfrentes a tu enemigo de frente si estas en inferioridad numérica. Debes ser paciente, inteligente. Debes analizar la

situación y esperar el momento oportuno. Ahora él no es más que uno solo. Es mayor que tú, pero eso no importa. Debes tomarlo por sorpresa. No te verá venir.

Comencé a mirar hacia donde estaba Juan Heredia. Caminaba despacio silbando alguna estúpida melodía. Al mirarlo me vi a mi mismo arrinconado, siendo golpeado. En ese momento algo sucedió dentro de mí, no puedo explicarlo, pero las palabras de mi padre habían surtido efecto en mí. Ya no quería ser un cobarde, ya no quería ser el que todos molestaban.

–Ahora. –Continuaba mi padre. –Vas a acercarte lentamente. Debes sorprenderlo. Acércate por detrás. Cuando estés lo suficientemente cerca, lo golpeas con todas tus fuerzas. Pon todo tu peso en la barra cuando golpees. Debes darle justo detrás de la rodilla. Recuérdalo. Eso lo hará caer y entonces será tuyo.

Tomé aire. Mis manos temblaban. Dios, como temblaban. Sentía que sería incapaz de sostener aquella barra, sin embargo lo hice. Descendí de la camioneta. Di una última mirada a mi padre. Él me observaba expectante.

Caminé muy despacio. A pesar que el sol brillaba en lo alto, el aire seguía increíblemente frío. Un halo de vapor grisáceo salía de mi boca con cada respiración. Juan caminaba a menos de diez metros delante de mí. Me acerqué despacio. Cuando estuve a cinco metros, corrí hacia él, lo más rápido que pude. Juan me oyó acercarme. Volteó a ver. Fue en ese instante cuando levanté la barra y le di un fuerte golpe en su rodilla derecha. Creía que había sido fuerte porque hasta podía jurar que escuche un hueso romperse. Sin embargo Juan Heredia no cayó.

– ¡Estás muerto! –Me gritó furioso, mientras yo retrocedí unos pasos. Él se aferraba su rodilla. El golpe le había dolido, pero no lo suficiente para dejarlo fuera de combate. Cuando lo vi acercarse pensé en huir. Miré hacia la camioneta rogando por ayuda, pero lo que encontré fue la fría mirada de mi padre. El no haría nada.

Entonces pensé que si escapaba en ese momento, lo haría toda la vida. Siempre habría alguien que me molestara, siempre habría un Domingo Becher o un Juan Heredia, para mostrarme lo inútil que era, lo inservible y lo cobarde. Decidí no huir. Levanté la barra nuevamente y me lancé hacia él. Juan intentó tomar la barra, pero esta lo golpeó en su mano derecha. Dio un gran grito de dolor. Volví a levantar la barra y golpeé su otra rodilla. Esta vez, el sí cayó. Me arrojé sobre él como un lobo se arroja sobre su presa. Dejé la barra y comencé a golpearlo con mis puños, una y otra vez. Lo golpeé en el rostro, hasta que la sangre comenzó a salir a borbotones de su nariz. No me detuve, seguí golpeándolo aunque el ya no se defendía. Permanecía inerte, como un tronco mientras continuaba

golpeándolo. Aún recuerdo el dolor en mis nudillos, me dolieron durante días. Me levanté agitado. Juan yacía en el frío asfalto en un charco de sangre que brotaba de su rostro. Miré a mi padre. Una maligna mueca de satisfacción se dibujó en su rostro... también en el mío..."

Liam dejó de escribir. Toda la habitación quedó invadida de un profundo silencio. Encendió un cigarro y comenzó a fumarlo en la ventana mientras a lo lejos las tumbas resplandecían bajo la luz azulada de la luna.

Capítulo 9

En las penumbras del interior de la casa, el viejo reloj colocado en la pared de la sala marcó las tres de la madrugada. Liam se había quedado dormido sentado frente a su máquina de escribir. Las cortinas de su habitación flameaban empujadas por el viento que entraba por su ventana abierta. Allí, desde la oscuridad del exterior, dos ojos resplandecieron con un rojo intenso desde una oscura figura que apoyaba su forma encorvada en el borde de la ventana. Aquellos ojos lo miraron por un instante, luego, aquella forma fantasmal continuó su marcha alrededor de la vieja casa.

Aquella figura caminó hasta el pórtico, pasó junto a la silla mecedora, luego siguió su recorrido hasta llegar a la ventana de la habitación de la pequeña. La figura extendió su largo brazo y golpeó tres veces la madera. Sus golpes fueron pausados y retumbaron en el silencio del cuarto de la niña.

Abby se despertó. Sus ojos tardaron unos instantes en adaptarse a las penumbras de su cuarto. Al mirar hacia la ventana pudo ver a aquella figura parada fuera, con aquellos ojos que resplandecían en un rojo intenso. A pesar de ello, la pequeña se levantó y se dirigió hacia la ventana. Al correr las cortinas vio el rostro de aquella mujer. Una sonrisa incontenible se dibujó en su rostro.

—¿Estás lista mi pequeña? —Le dijo la mujer, mientras la niña asentía.

La niña salió hacia la oscuridad del exterior. Dio una última mirada al interior de su cuarto sumido en penumbras. Por tan solo un segundo la duda atravesó su mente. En ese instante se vio a sí misma, tan solo una niña, partiendo con una desconocida en medio de la noche. Sin dudas podía verse una clara señal de peligro que la hiciera desistir de sus acciones, sin embargo, ella continuó. Tomó la mano de la mujer que la miraba con una sonrisa cálida, casi maternal.

—¿Dónde iremos? —Preguntó Abby al darse cuenta que se internaban en el sendero que unía su casa con el cementerio. —¿Acaso iremos al cementerio? —Su voz sonó levemente asustada.

—No te asustes mi pequeña. No tienes nada que temer. Pronto descubrirás que la oscuridad es tu amiga, y las criaturas que habitan en ella no te lastimarán, solo debes confiar en mí.

Mientras la mujer decía esto, el sendero comenzó a iluminarse con el brillo de cientos de luciérnagas que se elevaron de entre el verde de las hierbas que crecían en el suelo. El sonido de los grillos comenzó a oírse con más fuerza, como si se tratara de la más dulce de las melodías. En lo alto de una rama, los enormes y amarillos ojos de un gran búho resplandecía

observandolas. De pronto, aquel camino solitario y tenebroso, se había convertido en algo hermoso, lleno de vida. Abby sonrió y todas sus dudas y miedo se fueron alejando.

Caminaron lentamente mientras el rostro de la pequeña se iluminaba con la más cálida de las sonrisas. En su corazón sentía una profunda alegría, alegría que no había sentido en mucho tiempo. Las luces intermitentes de las luciérnagas llevaron su mente a un lejano recuerdo. Era una lejana navidad, junto al hogar a leñas estaba el pequeño árbol, decorado prolijamente con guirnaldas y luces de colores que se encendían y apagaban al ritmo de una alegre melodía. Frente al árbol, estaba ella sentada junto a sus padres, todos sonreían alegres, todo era perfecto. Su madre no sufría ningún dolor, su padre era feliz, verdaderamente feliz.

—¿En qué piensas pequeña? —Preguntó la mujer.

—¿En verdad podré verla de nuevo? —Preguntó Abby con ojos esperanzados. —A mi madre... deseo tanto verla, deseo que todo vuelva a ser lo que era.

—Claro que sí mi pequeña... podrás hacer y ser lo que tu desees, solo debes tener fé en mi.

Los ojos de la niña resplandecieron como un estanque que refleja el brillo del amanecer. Su corazón se llenó de una alegría que le resultaba imposible contener.

—Pero todo lleva su tiempo. —Prosiguió la mujer. —Debes ser paciente, pero te prometo que tu sacrificio tendrá su recompensa. Tienes mucho que aprender, pero cuando lo hagas, no habrá límite alguno para tí.

Abby asintió sonriente. —Haré todo lo que me pidas.

Continuaron su marcha hasta llegar a las puertas mismas del cementerio. Un leve escalofrío recorrió la espalda de Abby. Jamás había estado en un lugar tan tétrico como ese, y mucho menos de noche. —No temas pequeña.—Volvió a decir la mujer.

—¿Por qué vinimos a este lugar? —Preguntó Abby mientras apretaba con fuerza la mano de la mujer y miraba hacia todas direcciones. Las sombras de las lápidas se alargaban bajo la luz de la luna. El enorme búho se posó sobre el techo de un viejo nicho, su canto espectral y lastimero hizo que la niña volviera a estar asustada.

—Este lugar es un lugar mágico mi pequeña. Aquí descansan los cuerpos de cientos de personas que han vivido a lo largo de generaciones. Aquí, bajo este suelo existe una conexión con el mundo más allá del nuestro, el

mundo del cual provengo. Pronto comprenderás...

—¿Entonces existe otro mundo? ¿Es allí donde está mi madre? ¿Allí es donde vamos cuando morimos?

—Todas tus dudas serán respondidas por ti misma cuando aprendas a manejar tu poder. Yo voy a enseñarte a usar la energía que proviene de ese otro mundo, ese mundo donde habita mi señor.

—Entonces...¿Tú no eres una persona?

La mujer sonrió.—Ya te lo he dicho, no soy una bruja. Soy algo que va más allá de todo. He estado en este mundo desde hace demasiado tiempo. He visto imperios surgir y caer. He visto los horrores del hombre, pero también he visto la bondad. Bondad como la que tú tienes pequeña. Puedo sentir tu conexión con mi mundo, conexión que pocas personas en este mundo tienen. Por eso quiero ayudarte.

Ambas continuaron caminando entre las tétricas tumbas. Poco a poco el miedo de la pequeña hacia aquel lugar se fue transformando en fascinación. Finalmente llegaron hasta aquel antiguo nicho, el último del cementerio, que limitaba directamente con la oscuridad del bosque.

—Aquí es.—Dijo la mujer. —Aquí es el lugar donde todo confluye. Quiero que cierres los ojos.

La niña cerró los ojos. —¿Así está bien? —Preguntó.

—Así está muy bien. Ahora quiero que confíes en mí.

Abby permaneció con los ojos cerrados hasta que el sonido de pasos que se acercaban la perturbó. Abrió los ojos y de entre las tumbas vio siluetas que se acercaban. —¿Ellos quiénes son? —Preguntó temerosa.

—Te he dicho que confíes en mí. Nada malo va a pasarte. Por favor cierra los ojos.

La niña comenzó a asustarse mientras escuchaba como esas siluetas se acercaban, sin embargo, confió en aquella mujer. Permaneció con los ojos cerrados.

—Ahora dime pequeña. ¿Qué es lo que más deseas en la vida?

—Quiero ver a mi madre de nuevo... quiero que esté conmigo.

—Y ¿que darías para que eso se haga realidad? ¿Serías capaz de darlo

todo? ¿Incluso tu alma para que ello se cumpliera?

Lágrimas comenzaron a deslizarse desde sus ojos cerrados.—Extraño a mi madre... extraño su sonrisa, su cariño, cada día que pasa siento que su figura, su rostro se desvanecen más y más... no quiero que eso pase, no quiero olvidarla, quiero que regrese. Daría todo por recuperarla, incluso mi alma si es debido.

—Mi señor puede darte todo lo que desees... solo debes tener fé en él. Ahora concéntrate. Siente la brisa que sopla sobre tu rostro, siente el lejano canto de las criaturas de la noche, siente la energía que proviene del otro lado. ¿Puedes sentirla?

La niña pareció entrar en un estado de trance profundo. Asintió con la cabeza mientras en su mente se dibujaban todo tipo de figuras. Ella no podía explicarlo pero sentía como si algo la llamara, algo estaba en su mente en ese momento. Entonces sintió algo más... sintió como si su cuerpo no pesara nada, se sintió ligera como el mismo aire. Su pequeño cuerpo comenzó a elevarse mientras el viento se arremolinaba a su alrededor. Abby abrió sus ojos sorprendida. A su alrededor vio a un grupo de diez personas, todas vestidas con túnicas oscuras. Estaban arrodillados, contemplándola. Junto a ellas había un niño que la miraba sonriente.

Tardó unos segundos en darse cuenta de que sus pies ya no estaban en contacto con la tierra. Realmente estaba flotando en el aire. Pronto vio las tumbas desde lo alto. Al mirar la luna la vio tan cerca... tan alcanzable. En ese momento toda duda se desvaneció de su joven mente. Junto a aquellas personas con túnicas, Anna la miraba con una sonrisa en su rostro.

Capítulo 10

1

Con las primeras luces del alba, Liam despertó. Había pasado la noche durmiendo junto a su máquina de escribir. Se encontraba completamente adolorido, no había descansado en absoluto. Se dirigió hacia la cocina y se preparó un café. Mientras bebía de su taza humeante, se dirigió hacia la habitación de Abby. Allí estaba ella, durmiendo profundamente. Al mirarla no pudo evitar sonreír. Se la veía tan apacible, incluso se podría decir que dormía feliz, con una leve mueca de una sonrisa dibujada en su rostro.

Liam se sentó en la silla mecedora. Mientras terminaba su café admiraba como las copas de los árboles eran mecidas lentamente por la suave brisa de verano. Desde la visita a la casa de su amigo una idea sobrevolaba su cabeza, insistente como el sonido de los mosquitos en aquellas calurosas noches. Comenzó a sentir la necesidad de acercarse a la iglesia. Nunca ha sido un hombre creyente, pero su esposa sí lo era. Hasta sus últimos momentos de vida siguió rezando, ella no pedía curarse, ella solamente pedía que su esposo y su querida hija estuvieran bien. Terminó su café y volvió a entrar a la casa.

—Buenos días papá.—Lo saludó la pequeña sentada en la mesa del comedor.

—Hija. Me has asustado. No sueles despertarte tan temprano.

—Lo sé. Es que no podía dormir. Estoy algo emocionada.

—¿A qué se debe eso?—preguntó Liam algo sorprendido del buen humor que tenía su hija aquella mañana.

—No se debe a nada en especial, solamente me gusta este lugar.—Le respondió mientras se acercaba para darle un abrazo a su padre.

—Me pone muy feliz oír eso. Escucha, creo que debemos ir a la iglesia del pueblo. Es una buena oportunidad para conocer a la gente del pueblo, además, quizás puedas hacer algunos amigos.

—De acuerdo. Solo déjame terminar mi desayuno. —Le respondió la pequeña. Realmente parecía estar muy feliz. A Liam no le importaba la razón, solo quería verla feliz y ahora, más que nunca, parecía estarlo.

El sol se había asomado por completo desde el lejano horizonte verdoso, cuando Liam y Abby partieron en la motocicleta rumbo al pueblo. Pasaron frente a las rejas oxidadas de la entrada del cementerio y se alejaron por

el polvoriento camino de tierra.

Recorrieron la única avenida asfaltada del pueblo hasta llegar a la plaza central, frente a ella estaba la antigua Iglesia de San Antonio. La antigua construcción del templo era imponente. Mirarla hacía recordar a las grandes catedrales de Roma, uno no esperaría encontrar un edificio así en un pequeño poblado olvidado, sin embargo, allí estaba. Desde la torre del campanario que se elevaba por sobre el pueblo, comenzaron a escucharse las campanadas llamando a los feligreses. Poco a poco comenzaron a llegar personas. Aquel domingo en particular, muchas personas fueron a misa. El anciano padre Abraham Scheidemann, estaba parado frente a las grandes puertas de madera, recibiendo y saludando uno a uno a las personas que iban llegando. Su rostro lucía cansado, a veces tardaba unos segundos en reaccionar, como si su mente se perdiera por algunos instantes. Comenzó como un rumor, pero poco a poco, la certeza de que el anciano sacerdote estaba siendo consumido por la enfermedad recorrió el pueblo. A pesar de todo, él seguía celebrando la misa de los domingos como lo había hecho por más de cincuenta años.

—Tú debes ser el soldado...bienvenidos a la iglesia de San Antonio.
—Saludó el Padre.—¿Eres Liam verdad? Liam Becker?

—Becher, soy Liam Becher Padre. Un placer. —Le respondió Liam extendiendo la mano para saludarlo.

—Me disculpo... no soy bueno para recordar cosas. Me han hablado mucho de usted. Se que es el nuevo cuidador del viejo cementerio.

—Así es padre.

—Y esta pequeñita debe ser su hija. ¿Cómo estás pequeña?

Abby solamente sonrió incómodamente. Había algo que la inquietaba en el rostro de aquel anciano. Fue como si tuviera el presentimiento de que algo ocultaba.

—Bueno... ya tendremos tiempo de conocernos. Por favor entren. —Les dijo con una sonrisa dibujada en su rostro. Extrañamente, Liam a diferencia de la pequeña se sintió reconfortado por el sacerdote, sintió una extraña conexión, como si supiera que su destino era cruzarse con aquel anciano.

Ambos se sentaron en el último asiento del templo. Era demasiado notorio en un pueblo donde todos se conocían entre sí que ellos eran los recién llegados. Un par de señoras regordetas, se daban vuelta de tanto en tanto para observarlos, murmurando por lo bajo. Era inevitable que la pequeña

se sintiera realmente incómoda, pero a Liam esto no le importaba.

La misa aquel domingo en particular fue muy larga. Los pequeños ventiladores colocados en las altas paredes apenas arrojaban una leve brisa y el calor comenzaba a sentirse. Abby no tardó en aburrirse, sus pequeños ojos amenazaban con cerrarse en cualquier momento. Las mismas señoras volvieron a darse vuelta mirando hacia atrás. Pero fue en ese momento que la pequeña se percató que no la observaban a ella. Abby estaba tan distraída, con sus pensamientos perdidos en la nada misma, que no se había percatado que junto a ellos se había sentado un niño. Tenía más o menos su edad, quizás era un año mayor. Lucía triste. No despegaba su mirada del suelo. Podía sentirse como todas las miradas iban dirigidas hacia él. La pequeña aquella noche en que había visto un niño llorando frente a una casa, le pareció que era él. Definitivamente había algo extraño en aquel niño.

—Queridos hermanos.—Dijo el sacerdote al momento de la homilía.—Como cada domingo es un honor recibirlos en esta que es la casa de Dios. Nuestro pequeño pueblo ha pasado por mucho. Hemos perdido muchos seres queridos en la noche de la gran tormenta, hemos tenido que reconstruir todo desde los escombros, pero lo hemos hecho. El pueblo ha salido adelante y lo seguirá haciendo sin importar las tempestades, sin importar los males que acechan en la oscuridad, saldremos adelante mientras tengamos fé. Quizás nos preguntemos... ¿Por qué tuvo que pasar esto? ¿Por qué a mí? Pero déjenme decirles que todo tiene un propósito. Todos lo tenemos, aunque a veces nos resulte difícil verlo.

A Liam, aquellas palabras parecieron llegarle directamente. Siempre ha sentido que no tenía un propósito, que todo su sufrimiento había sido por nada, pero escuchar a aquel sacerdote parecía haber tocado alguna fibra sensible dentro de él.

—Como la mayoría sospechará...—continuó el sacerdote.—No me encuentro bien. La edad me ha hecho vulnerable, ya no soy lúcido como antes, me han visto desvariar o perderme en mis pensamientos. Siento decirles que el alzheimer se ha instalado en mi mente y no hay nada que pueda hacerse. Al igual que ustedes he pensado ¿Por qué a mí? ¿Por qué me está pasando esto? ¿Es este mi propósito? Pero luego pensé que todo sucede por algo, si este es el plan de Dios, lo aceptaré. No pondré en duda mi fé. Seguiré siendo su pastor hasta el último momento en el cual mi mente quede en blanco.

El sacerdote quedó en silencio un momento, su mirada permaneció fija en Liam por un momento, luego continuó con su homilía. Todos lo escucharon con atención. Algunas señoras derramaron lágrimas, después de todo, el Padre Abraham era muy querido, había celebrado cientos de bautismos, comuniones, casamientos y entierros, había cuidado enfermos

y siempre había estado para todo aquel que lo necesitara.

Cuando la misa terminó, el sacerdote permaneció en la entrada del templo, despidiéndose uno a uno de sus feligreses. Liam se dispuso a saludarlo. —Espera hijo. — Le dijo el anciano.—Me gustaría hablar contigo, si no es molestia.

—Claro Padre. Lo esperaré.

Cuando finalmente todos se habían ido, Liam se dirigió a su hija. —Voy a hablar un momento con el Padre Abraham, necesito que me esperes. ¿Puedes hacerlo?

—No te preocupes papá. No iré a ningún lado.—Le respondió la pequeña.

Liam y el sacerdote comenzaron a caminar por el costado del templo mientras la pequeña los observaba alejarse desde la entrada. El terreno en el que se emplazaba el templo era amplio, de casi dos manzanas. La parte posterior estaba repleta de árboles y plantas prolijamente plantadas de manera lineal. El césped estaba cortado al ras y canteros repletos de rosas de un rojo intenso decoraban el paisaje. Allí, por entre los árboles había senderos delimitados por rocas. Cada mañana al padre le gustaba caminar por ellos y sentarse en un banco de madera que se encontraba justo al final del terreno de la iglesia, desde allí podían observarse los cultivos que se extendían hasta el límite con el bosque.

—Verá... No soy un hombre muy religioso, ni planeo serlo.—Comenzó a hablar Liam mientras caminaban lentamente.

—Lo sé hijo, no es mi intención cambiarte, solamente siento que llevas una pesada carga. Pude ver la pena en tus ojos. He pasado toda una vida escuchando las penas de las personas, y siento que la que guardas en tu interior es una muy grande. Siento que buscas algo desesperadamente...

—Es usted un hombre muy observador Padre. Verá... no soy un hombre bueno, he cometido actos horrorosos que me persiguen hasta el día de hoy. Pero no busco perdón, no he venido para confesarme. Sinceramente, sin intención de ofenderlo, pero que una persona vestida con sotana me diga simplemente "estás perdonado", no creo que funcione.

—Lo sé. Lo que tu buscas no es perdón, es redención. En el fondo de tu ser anhelas hacer el bien, un bien que sea mayor a todo el mal que has hecho. Creo que lo que buscas es un propósito, algo que le dé sentido a tu vida vacía y llena de pena.

Liam permaneció en silencio. De alguna forma el sacerdote sabía lo que estaba pensando. En el fondo de su corazón anhelaba un propósito, una lucha, una causa justa que le permitiera cambiar lo malo que había hecho

en el pasado.

—Tu silencio me dice que estoy en lo cierto.—Prosiguió el sacerdote.—Siento decirte que por más que hagas todas las acciones buenas que puedas, eso nunca borrará tu pasado. Si alguna vez fuiste un hombre malo, eso no cambiará, en el fondo seguirás siendo un hombre malo. Pero quizás ese es el propósito que buscas...

—¿A que se refiere? No deseo ser un hombre malo. Solo quiero vivir en paz, poder dormir sin que mi conciencia me carcoma, no ver el rostro de las personas que lastimé.

—Lo que quiero decir es que el hombre malo que sientes que habita dentro de tí no se irá, por más acciones buenas que hagas, él seguirá allí, pero todo en la vida tiene un propósito. Quizás todo lo malo que has vivido, todo lo malo que has hecho, todo fue para prepararte para lo que vendrá. Porque a veces ser un hombre bueno no alcanza, a veces para detener el mal se necesita del mismo mal.

—¿Pero qué está usted diciendo? ¿Acaso no debería decirme que me arrepienta de mis pecados?

—Aún es pronto para que te des cuenta... pero quizás hayas venido a este pueblo por una razón. El mal se agita en San Antonio, acecha en las sombras, este lugar está maldito y nadie parece notarlo, pero yo lo he visto, he visto lo que el mal puede hacer y yo mismo he tenido que hacer cosas innombrables para detenerlo. Porque en ocasiones debemos dejar de lado lo que pensamos que es correcto y hacer lo que es necesario. Si estás buscando un propósito, quizás este sea el tuyo, quizás debes ayudarme a detener el mal.

Liam sonrió. —Disculpe padre, pero creo que su enfermedad está más avanzada de lo que usted cree.

—Sé como suena todo. Pero el tiempo me dará la razón, siempre lo hace.

—Pues espero que usted se equivoque.

2

Mientras su padre se alejaba con el sacerdote, Abby volvió a entrar al templo. Caminó entre los viejos bancos de madera observando los grandes cuadros que colgaban de las paredes. Algunos rostros de santos parecían observarla a medida que pasaba. Caminó hasta el altar mismo. Al llegar permaneció observando la gran estatua de Cristo crucificado que colgaba detrás. La pequeña permaneció observándola, parecía tan real. En el rostro de aquel cristo podía sentirse una profunda tristeza y dolor.

Entonces, mientras estaba distraída observando las heridas de la estatua, escuchó el sonido de un banco moverse.

Al mirar hacia atrás vio a aquel niño. Aún permanecía sentado en el último asiento de la iglesia. Abby se acercó.

—Lo siento. Pensé que ya no quedaba nadie. Siento interrumpir tu oración. —Le dijo la niña con una ligera sonrisa.

—Está bien. No estaba rezando, solo me gusta estar aquí. Es muy tranquilo.

—Realmente lo es. Por cierto. Me llamo Abby... Abby Becher. —Le dijo mientras le extendía la mano para saludarlo.

—Soy Jonathan Jakov.—Se presentó el muchacho delgado y de ojos color café intensos. En su rostro podía verse una profunda tristeza. Abby podía sentirlo, esa pena la había visto tantas veces en el rostro de su propio padre.

—Dime Jonathan ¿Qué haces aquí un domingo tan temprano?

—Trabajo en los campos de mi padre la mayor parte de la semana, los domingos en particular es mi día libre, así que me alejo antes de que a mi padre se le ocurra alguna tarea extra.

—Pero ¿No tienes amigos?

—A decir verdad tengo muy pocos, puedo contarlos con los dedos de una mano y me sobrarían dedos. Para ser más precisos, solamente tengo dos amigos. Pero hasta a ellos les han prohibido verme. Me sorprende que tú me estés hablando en este momento, sobretodo si sabes lo que se dice de mí.

—¿Qué cosas dicen de ti? Quizás no las he oído porque soy nueva aquí, pero de todas formas no me importaría.

—¿Eres la hija del nuevo cuidador del cementerio?

—Así es. Vivo en la vieja casa junto al cementerio. Al principio parecía un lugar terrorífico para vivir, pero con el pasar de los días me ha agradado cada vez más.

—Tienes razón en que parece un lugar terrorífico, cosas terribles han pasado allí. Es un lugar alejado de todo, se rumorea que se llevan adelante ritos satánicos y brujería. Al menos es lo que dicen las señoras

chismosas del pueblo.

—Lo sé. Se lo que se cuenta, pero no tengo miedo. No hay nada de qué preocuparse en aquella vieja casa. Ahora dime...¿Que se dice sobre tí?

—Algo sin importancia. Seguramente lo escucharás tarde o temprano.—El niño se puso de pie.—Fue un gusto platicar contigo Abby Becher. Quizás nos veamos en otro momento.

—Lo mismo digo. —Le contestó Abby mientras el niño se alejaba. Permaneció observándolo por unos segundos, hasta que sintió la inevitable necesidad de hablarle. —Oye Jonathan.—Le dijo finalmente. —Ya sabes donde vivo y la verdad es que tampoco tengo amigos. Tal vez...

—Iré a visitarte.—Le respondió el muchacho sonriendo.

Al regresar, mientras la motocicleta aceleraba levantando una estela de polvo tras ella, Abby observaba las copas de los árboles meciéndose con suavidad. No podía evitar pensar en aquel muchacho, sintió de repente una fuerte conexión con él, como si su destino estuviera atado al de él.

Capítulo 11

La noche volvió a caer sobre aquel lejano paraje llamado San Antonio. Sentados en el pórtico, Liam y su hija observaban las primeras estrellas brillando en el cielo despejado. Para ellos era algo increíblemente hermoso, tan distinto de los cielos cubiertos de humo de la ciudad.

—Me gustaría ver un amanecer.—Dijo la pequeña. —Pero no desde aquí, desde lo alto de una colina. Quisiera ver el sol asomándose sobre el horizonte. Debe ser algo muy bello.

—Lo es en verdad. Yo lo he visto cientos de veces cuando era niño, y te prometo que lo veremos juntos. Una mañana nos sentaremos tú y yo en un claro a observar el sol elevándose sobre todo, veremos el cielo teñirse de un naranja intenso para luego dar paso al celeste más puro que puedan ver tus ojos.

La pequeña sonrió.—Es una promesa papá.—Le dijo y se acercó a darle un beso en la mejilla. —Buenas noches. Ya iré a acostarme. No permanezcas despierto hasta tan tarde, debes descansar.

—¿En qué momento me he vuelto tu hijo? —Le respondió sonriendo.

Mientras la pequeña se marchó a dormir, Liam permaneció sentado en el pórtico bebiendo una taza de café. Cuando dejó la bebida, el café se había vuelto su nueva adicción. Podía beber café todo el día, sin importar el calor que hiciera o la necesidad que tuviera de dormir, no podía estar sin su buena ración de cafeína.

Luego de pasar casi una hora sentado en compañía de su soledad y de sus pensamientos, Liam finalmente se dispuso a entrar. Pero en ese instante vio a una figura acercarse. Al principio se alarmó pensando que era un extraño, pero luego reconoció a su visitante. Allí, emergiendo de la oscuridad estaba un soldado. Vestía su uniforme color verde oliva. En su hombro estaban las caponas con tres soles indicando que aquel hombre era un coronel. Del bolsillo de su chaqueta colgaban decenas de distinciones. Su rostro estaba cubierto por oscuridad. La luz del pórtico parpadeó y luego se apagó por completo. En ese momento el hombre se acercó. Liam no lo podía creer, que aquel hombre estuviera allí era algo imposible.

El coronel se acercó y se sentó en la silla junto a Liam. —¿Cómo has estado muchacho?—Preguntó el uniformado.

—No puede ser. Usted no puede estar aquí. Usted está muerto.

—Nada muere en verdad. Algunos simplemente seguimos aquí, atrapados, deambulando sin rumbo para atormentar a aquellos que nos han matado.

—¿A eso ha venido? ¿A atormentarme? —Liam rió soltando una gran carcajada.—Pues déjeme decirle que su muerte es la que menos lamento. Usted se lo merecía.

—No he venido a eso, muchacho. Solo he venido a prepararte para lo que vas a enfrentar. Se acerca otra lucha, una de la que no puedes escapar.

—Es la segunda persona que me dice lo mismo. Pero yo ya no soy ese hombre, eso ha quedado atrás, sepultado en el pasado.

—Ambos sabemos lo que eres... no puedes evitarlo. Naciste para hacer lo que sabes. Una vez que esto empiece, nada ni nadie podrá detenerte. Yo lo intenté y aquí estoy...

La luz del pórtico volvió a encenderse iluminando el rostro del coronel. Justo en medio de su frente surcada por arrugas había un orificio del cual emanaba un rastro de sangre que recorría su rostro hasta llegar a su uniforme. —No puedes escapar de lo que eres Becher...

Liam se espantó y dio un salto desde su asiento. Al mirar hacia todas partes no volvió a ver al coronel. Estaba completamente solo. Pensó que quizás se había quedado dormido. Eso debía ser. Intentó calmarse. Volvió a entrar al interior de su hogar, dando una última mirada a la oscuridad del exterior.

2

Liam se dirigió a su habitación. Abrió su ventana de par en par. A lo lejos podía observarse los contornos de las cruces del cementerio. Encendió un cigarro y se sentó frente a su máquina de escribir. Nuevamente sintió la irrefrenable necesidad de escribir, y así lo hizo.

“Propósito. Quizás todos tengamos uno, o al menos creemos que lo tenemos. Definitivamente mi padre pensó que yo lo tenía, o simplemente descargaba su frustración sobre mí. Él pensaba que algún día yo sería un importante oficial, y toda mi infancia me preparó para ello. Aún recuerdo aquellas mañanas de verano. No había escuela, sin embargo él me levantaba antes del amanecer. No había buenos días, ni desayunos. Cada mañana él cargaba una pesada mochila con cuarenta kilos, la ponía sobre mis hombros y me hacía correr. Recorría los solitarios caminos de tierra del poblado donde crecí, hasta casi desmayarme. Él me seguía con su camioneta. Con un grito me ordenaba que siguiera, y así lo hacía. Lo que seguía después eran interminables horas de entrenamiento. Luego de contar cientos de flexiones de brazos sobre mis puños cerrados y cargando la pesada mochila, volvía a hacerme correr. Eso se repetía

diariamente. A veces lo odiaba con toda el alma, pero a veces llegaba a entender su retorcido pensamiento. Él solo quería que fuera fuerte, que estuviera listo para enfrentar la vida y cualquier cosa que se me interpusiera en mi camino. Al menos intenté comprenderlo de esa manera.

Los días iban pasando. Mi cuerpo comenzó a llenarse poco a poco de cicatrices y moretones. Cada mañana al correr con la pesada mochila veía el sol asomarse por el lejano horizonte. Era una imagen realmente bella, digna de admirar a pesar de los intensos dolores que recorrían mi cuerpo. Aún recuerdo aquellos días con una mezcla de nostalgia y de rencor. Un niño no debería hacer aquellas cosas, pero me duele admitir que gracias a lo que mi padre me enseñó en aquellos lejanos días de mi niñez, pude sobrevivir a los peores horrores que la vida me deparaba.

Un día en el que el sol calentaba más que de costumbre, mi padre colgó una gran bolsa repleta de arena de la viga del viejo granero abandonado. Me hizo golpearla una y otra vez. Mis puños sangraban, sin embargo no dejó que me detuviera. Seguí golpeando aquella bolsa como si mi vida dependiera de ello. —La vida no te dejará descansar. Debes seguir golpeando una y otra vez, debes sacar fuerzas aunque creas que ya no las tengas.—Me decía mientras me obligaba a realizar aquella acción, una y otra vez en aquel calor abrasador.

Para ese entonces tenía dieciséis años. Eran tiempos violentos. En las noticias de la mañana que mi padre observaba en su viejo televisor en blanco y negro, se escuchaban sobre atentados, secuestros, reresarias por parte del ejercito. —Estos malditos guerrilleros.—Se lo escuchaba maldecir mientras bebía una lata de cerveza. Yo era ajeno a todo ello, no estaba interesado en la política, ni mucho menos en una carrera militar. Mi pasión era escribir. Cada momento que podía, a escondidas de mi padre escribía historias que se albergaban en mi mente perturbada.

Los días fueron pasando. El entrenamiento de mi padre era cada vez más intenso. Mi cuerpo estaba atravesado por cicatrices que se extendían como telas de araña. Los abusivos de la escuela ya no volvieron a meterse conmigo.

Pero todo cambió aquella tarde en que mi madre murió. Un paro cardíaco puso fin a su vida. El día de su entierro no pude llorar, mi padre no me lo permitió. Nadie debía vernos débiles. Me limité a observar como el cajón era descendido hacia la oscuridad del foso que lo aguardaba. Mi mundo se derrumbaba en ese momento, sin embargo permanecí inmutable. Miré hacia todos lados esperando que mi hermano llegara, y aunque no lo admitiera, mi padre también deseaba que él estuviera allí, sin embargo, nunca llegó. En ese momento entendí el resentimiento de mi padre,

porque en ese momento yo también lo odié.

Cuando las palmadas de consuelo terminaron aquella tarde, en la soledad de mi hogar solo quedábamos mi padre y yo. El silencio era insoportable. Él simplemente destapó una lata de cerveza y se sentó frente al televisor. No hubo palabras de aliento, no hubo consuelo, solo la más profunda frialdad. A veces me pregunto si mi padre en algún momento de su vida ha llegado a sentir cariño por alguien, me gusta pensar que debajo de esa dura coraza existía un hombre noble, pero la insoportable verdad era que su interior era tan vacío como lo demostraba su exterior.

Finalmente el silencio fue demasiado para mí. Salí de nuestra casa, él ni siquiera volteó a verme. Al llegar a la calle comencé a correr. Corrí lo más rápido que pude, como si escapara de algo, como si mi vida dependiera de ello. La angustia y la tristeza finalmente se apoderaron de mí. Mientras corría, un torrente de lágrimas comenzó a deslizarse por mi rostro. Corrí durante un largo rato, hasta que finalmente llegué a las orillas del gran arroyo que serpenteaba a las afueras del pueblo. Hasta allí llegué y me dejé caer. Permanecí mirando hacia la nada durante un largo rato.

La única razón para contar esto es que ese fue el momento en que conocí a una de las personas que marcaron mi vida para siempre. Allí, apenas a unos metros de mí, se sentó la muchacha más hermosa que mis ojos llorosos habían visto. Allí estaba Isabela Ibarra. Ella vivía a solo unas calles de mi hogar. La había visto pasar muchas veces. Con sus risos dorados y su bello rostro salpicado por algunas pecas, me parecía inalcanzable, alguien que jamás voltearía a mirar a alguien como yo, sin embargo, allí estaba, sentada en la sucia hierba junto a mí. Lucía triste, con su antebrazo se secó las lágrimas.

—¿Te encuentras bien?—Le pregunté. Ella se sobresaltó. No se había percatado de mi presencia hasta que hablé. Cuando me miró de frente, pude ver el morado en el contorno de sus ojos, pude ver el rojo alrededor de su cuello. En ese momento comprendí que ella era un alma rota, como yo. Alguien que lleva un sufrimiento muy grande oculto bajo aquella sonrisa angelical.

Isabela, tan inocente, tan frágil. —Disculpa. No quise asustarte.—Me apuré en decirle cuando ella se puso de pie dispuesta a marcharse. —Por favor no te vayas.—Le supliqué. Ella me miró con sus ojos llorosos que se reflejaron en los míos. Ella pudo sentirlo, al igual que yo. Finalmente ella se quedó junto a mí. No nos dijimos nada aquella tarde, simplemente permanecimos en silencio mirando el lento fluir de las aguas mientras las primeras hojas del otoño comenzaban a caer.”

El sombrío canto de un búho en la distancia interrumpió a Liam. Encendió un cigarro y se acercó hasta la ventana. La noche estaba tranquila, una suave brisa hacía flamear las cortinas como si fueran fantasmas. Allí

afuera en la oscuridad, creyó ver un par de ojos rojos como el fuego que lo observaban. Aterrado buscó la linterna e iluminó hacia la negrura del exterior. No había nada. Nuevamente el búho volvió a cantar.

—Tranquilízate Liam.—Se dijo a sí mismo.—Todo está en tu cabeza.

3

Eran casi las tres de la mañana cuando la pequeña se despertó. Se levantó en silencio y se dirigió hacia la habitación de su padre. Allí estaba él, nuevamente dormido apoyado sobre su escritorio. Con cuidado, se acercó.—Vamos papá. Recuéstate en la cama.—Le dijo mientras lo ayudaba a levantarse. Con dificultad lo acomodó en su cama y lo cubrió con las sábanas. Liam se había quedado dormido nuevamente.

—Descansa papá.—Le dijo dándole un beso en la mejilla. Cerró la puerta del cuarto con cuidado. Luego se dirigió hacia su habitación, abrió su ventana y salió hacia la oscuridad del exterior.

—¿Dónde estas?—Susurró.

—Aquí estoy mi niña.—Le respondió aquella mujer emergiendo de la oscuridad.

El rostro de Abby se iluminó por completo con una sonrisa. Corrió hacia la mujer y la abrazó. La mujer la observó por un segundo, luego acarició sus cabellos con ternura. —Debemos irnos, mi pequeña.—Le dijo mientras tomaba su mano y comenzaba a caminar hacia el interior del bosque, mientras cientos de luciérnagas iluminaban su camino.

—¿Sabes una cosa mi pequeña? He vivido en estos bosques durante cientos de años. Conozco cada rincón, cada criatura, cada curso de agua. Quienes han llegado a verme en algún momento me han llamado la señora del bosque, y eso realmente me agrada. En ningún otro lugar encontrarás la paz que te brinda el cobijo de los árboles. Quiero que te detengas un momento y cierres los ojos.

Abby se detuvo. Estaban en el medio del sendero que las conducía hasta el hermoso claro en el bosque. La pequeña cerró los ojos.

—Quiero que escuches. Escucha a los árboles. Siente cómo se mueven. Ellos están vivos, ellos sienten.

La niña cerró sus ojos con fuerza mientras afinaba sus oídos. Cada palabra de aquella mujer parecía resonar dentro de su mente misma. Entonces escuchó el crujir de las ramas y algo más, algo lejano y espectral. Era como un lamento, el lamento de los árboles.

—Ellos te escuchan mi pequeña. Toda la naturaleza nos escucha. Tú serás capaz de controlarla. Solo debes concentrarte. Siente a los árboles. Siente

la hierba creciendo bajo tus pies.

Abby se concentró todo lo que pudo. Extendió su mano hacia el frente y abrió sus ojos. Asombrada, pudo ver como las ramas de los árboles se extendían en su dirección. La maleza crujía y se mecía. Parecían seres espectrales que se acercaban hacia ella.

La niña sonrió. Su mente estaba maravillada por las cosas que podía lograr. Cosas que no alcanzaba a comprender pero que la hacían sentir emocionada, la hacían sentir viva.

—Tienes un gran poder en tí. Poco a poco lo descubrirás.—Le dijo aquella extraña mujer mientras volvía a acariciar sus cabellos.

Capítulo 12

Otro caluroso día comenzaba en el pequeño poblado de San Antonio. Liam bebió una gran taza de café y se dirigió al cementerio. Había comprado latas de pintura y se dispuso a pintar las oxidadas rejas de la entrada. Quería convertir aquel lugar deprimente en un lugar que inspirara paz. Mientras hacía su trabajo escuchó el sonido del motor del viejo patrullero policial acercándose. Allí estaba nuevamente su amigo.

—¿Que te trae por aquí tan temprano? —Le preguntó Liam cuando Tom descendió del patrullero con marcadas y profundas ojeras en su rostro.

—Ya sabes... solo pasaba a saludar a un viejo amigo.

—Luces como el demonio. ¿Cuándo fue la última vez que has dormido?

—No he dormido mucho últimamente. Tengo una madre y a su hijo desaparecidos. Es como si se los hubiera tragado la tierra.

—Estoy seguro que ya aparecerán. Para bien o para mal, siempre aparecen. Lo importante aquí es que no debes cargar con la culpa de todo. Créeme, la culpa es la peor enemiga.

—Lo sé. Es solo que este es mi pueblo. He trabajado durante años para que sea un lugar apacible, donde la gente se sienta segura, pero últimamente han sucedido cosas que no logro comprender. Cosas que no tienen explicación lógica.

—No te preocupes, estoy seguro que todo se resolverá.—Le dijo Liam mientras continuaba aplicando otra capa de pintura antióxido.

—Tal vez tengas razón. Es que no puedo sacarme esta sensación de que algo malo está a punto de ocurrir.

—En ese caso, sabes que cuentas conmigo. Solo necesitas pedirlo.

—Bueno, en ese caso, debo pedirte un favor. He buscado en cada rincón del pueblo, y no hay rastros de estas personas. Esta tarde estaba pensando en buscar en el bosque, pero estamos algo reducidos de personal. ¿Crees que puedas ayudarme? Sé que te estoy pidiendo mucho, y lo que implica que dejes a tu hija sola, pero realmente necesito tu ayuda y te prometo que solo serán un par de horas.

—De acuerdo. Te ayudaré.—Le respondió Liam.—No puedo negarme al pedido de alguien que me ha ayudado tanto, además Abby está muy contenta con este lugar, ella no tendrá problemas en permanecer sola un

par de horas.

—Te lo agradezco amigo.—Le dijo Tom sonriendo.—Vendré por ti luego del almuerzo.

Liam permaneció observando como el viejo patrullero se alejaba por el camino de tierra, una extraña e inexplicable sensación flotaba en el aire aquel día. No pudo evitar sentir una opresión en el pecho. En ese momento deseó estar equivocado.

2

Aquella tarde, luego del almuerzo, Liam volvió a sentarse en la silla mecedora bebiendo una taza de café. Aquella bebida se había vuelto parte de su rutina, para realizar una buena digestión, indefectiblemente debía beber una taza de café. Mientras permanecía sentado observaba las nubes que se movían lentamente en el cielo celeste profundo, dibujando extrañas formas. A lo lejos observó una figura acercándose. A medida que se acercaba reconoció la forma de un niño montando una bicicleta. El niño se acercó hasta estar justo frente a él.

—¿En qué puedo ayudarte niño?—Preguntó Liam extrañado.

—Buenas tardes señor. Me llamo Jonathan Jacob.—Saludó con timidez al pequeño.

—Dime que necesitas, Jonathan Jakov. Hace mucho calor para que hayas venido pedaleando desde el pueblo solamente para saludarme.

—He venido a ver a su hija señor. La he conocido en la iglesia y me ha comentado que no tiene amigos, entonces pensé en venir a visitarla.

Liam lo miró extrañado. Por primera vez experimentó el miedo que tiene todo padre al darse cuenta que los chicos se interesan en su hija, pero al mismo tiempo, aquel muchacho parecía inofensivo, con una cara que daba más pena que temor, además su hija necesitaba desesperadamente amigos. No quería que su pequeña terminara siendo una ermitaña del bosque.

—De acuerdo. Solo espera aquí. Iré por ella.—Le respondió para luego entrar al hogar.

Al cabo de unos minutos, Liam salió junto a su pequeña. El rostro de Abby se iluminó con una sonrisa. Realmente estaba feliz de ver a aquel muchacho.

—Has venido.—Le dijo la niña al muchacho.

—Te dije que lo haría.—Le respondió Jonathan.

En ese momento fueron interrumpidos por una tos fingida de Liam.

—¿Qué sucede papá?—Preguntó Abby.

—Escucha, ese sonido lejano es el motor del patrullero acercándose.—Le indicó mientras apoyaba su mano en su oreja haciendo el gesto de estar escuchando.—Me ha pedido mi ayuda y tendré que acompañarlo. Se quedarán solos por unas horas. Solamente comportense. Y eso va para tí niño.—Le dijo señalándole y hablando con un tono amenazante.

—No se preocupe señor Becher. —Le contestó el muchacho balbuceando.

Cuando finalmente Liam y el Comisario se marcharon, Abby preparó una jarra de limonada y se la ofreció a su nuevo amigo.

—Toma, realmente hoy hace mucho calor, especialmente para andar en bicicleta.

—Muchas gracias.—Le agradeció el muchacho mientras bebía a gran velocidad. —¿No te da miedo? Vivir aquí.—Preguntó mientras observaba el sendero que conducía de la casa directamente hasta el cementerio.

—No. Este lugar me ha ido agradando poco a poco. Al principio no sentí miedo, simplemente una profunda soledad, incluso tristeza. Mi padre y yo no la hemos pasado bien los últimos años, pero en este lugar finalmente encontramos la paz que tanto anhelamos. ¿Quieres venir?

—¿A dónde? —preguntó el muchacho.

—Al cementerio.—Respondió ella.—¿O acaso le tienes miedo a los muertos?

—No le temo a los muertos, ellos ya descansan en paz, en cierto modo los envidio. Es decir, algunos lo hacen...—Respondió él con tristeza en su voz.

—Entonces acompáñame. Quiero mostrarte algo...

Los niños caminaron hacia el camposanto. Al llegar, siguieron su camino por entre las viejas tumbas. El césped estaba prolijamente cortado, algunos de los nichos fueron recientemente pintados, en los bordes de las escalinatas que serpenteaba hasta el extremo del lugar, comenzaban a crecer algunas margaritas. Sin dudas el trabajo de su padre comenzaba a notarse.

Recorrieron aquel sendero hasta la parte posterior del cementerio, la que delimitaba con el bosque. Al llegar se encontraron frente a aquel gran nicho sin nombre. La construcción seguía deteriorada, a su alrededor el césped crecía desprolijamente, por alguna razón su padre no lo había cortado.

—Ven.—Le dijo Abby mientras subía por las paredes del nicho, haciendo pie en el borde de la ventana para luego aferrarse por uno de los tantos ladrillos salidos. La pequeña subió con una pasmosa agilidad. Pronto se encontró sentada en el borde de la bóveda que constituía el techo.

Jonathan dudó por unos segundos pero luego siguió los pasos de su amiga, pronto estuvo arriba sentado junto a ella. Desde allí, en el sector más elevado de la colina donde se emplazaba el cementerio, todo lucía hermoso, incluso las viejas tumbas parecían formar parte armónica del paisaje. El verde del bosque se extendía hasta donde alcanzaba la vista, solo interrumpido por el fluir del gran río que avanzaba como una enorme serpiente.

—Este lugar es muy pacífico.—Dijo Abby, en la noche la luna tiñe todo con su luz azulada, las luciérnagas iluminan todo, es realmente muy bello.

—¿Vienes aquí de noche?—Preguntó Jonathan sorprendido.

—Lo he hecho un par de veces. Creeme, es lo más hermoso que he visto. La noche alberga maravillas que no sabía que existían. ¿Acaso este lugar te da miedo Jonathan Jakov?

—No es miedo lo que siento...—Le respondió con su mirada perdida entre las tumbas más lejanas.—Solamente me siento observado.

—Aquí solo estamos nosotros. Nadie te observa. No hay lugar más solitario para estar.

—Nunca estamos solos en verdad Abby, ellos siempre están ahí.

—¿De qué hablas?—Preguntó Abby intrigada mirando hacia donde la vista de Jonathan se dirigía.

—Supongo que lo ibas a saber de todos modos.—Dijo Jonathan con resignación.— Solamente promete no espantarte.

La niña asintió, había visto muchas cosas locas en los últimos días, pensó que con seguridad nada le sorprendería.

—¿Ves aquella tumba?—Señaló una tumba cercana, una que tenía una cruz rota y la tierra se había hundido hace mucho cuando el ataúd colapsó.—Aquella junto al camino. Esa tumba perteneció a un niño...

Quizás haya muerto hace unos treinta o cuarenta años, tenía alrededor de cinco años. Su madre enloqueció una noche, deseaba morir, la carga de vivir era demasiado para ella, así que salió al patio, colgó una soga de un árbol y se dispuso a acabar con su miseria. Pero luego recordó a su hijo... ¿qué sería de él? No podía dejarlo solo a merced de la dureza de la vida... él estaría mejor junto a ella... era lo correcto. Así que entró nuevamente a la casa y trajo otra soga, la ató en una gruesa rama del cedro que crecía en su patio. Trajo dos sillas y las colocó una junto a la otra. Luego se dirigió a la habitación de su hijo que dormía plácidamente. Estaba muy oscuro, la noche parecía la boca de una fiera hambrienta. Despertó a su hijo moviéndolo suavemente. Lo miró y sonrió. —Eduard.—Lo llamó con su voz suave.—Quiero que me acompañes. ¿Harías eso por mí? —El niño todavía adormilado, tomó la mano de su madre y la siguió. ¿Cómo desconfiar de la persona que uno más ama? El niño no dudó, ni siquiera cuando su madre lo hizo pararse sobre la silla, ni siquiera cuando colocó la soga alrededor de su cuello.—Te amo mamá.—Le dijo con una sonrisa tierna e inocente. Una lágrima cayó desde los ojos enloquecidos de su madre. Ese fue el momento en que podía haberlo dejado, haber tomado a su hijo y vuelto a la casa, pero no lo hizo. Empujó la silla de su hijo y luego la suya. Por su peso, el cuello de la madre se partió en el momento haciendo un gran estruendo, como el que hacen los huesos al romperse, pero su niño no... el pequeño permaneció colgando de su cuello. Tuvo la desgracia de que su cuello no se partió, en su lugar permaneció suspendido mientras la soga le apretaba y quemaba la carne, pero no lo suficiente para ahogarlo. Intentó gritar pero no podía. Con sus pequeños brazos intentó sujetarse de la soga, pero no lo conseguía. Permaneció allí durante horas en el más horrible de los sufrimientos, hasta que finalmente dió su último aliento justo antes del amanecer. Nadie merece morir así, traicionado por su ser más querido...

Un escalofrío profundo recorrió el cuerpo de Abby.—¿Cómo sabes esa historia?

—Porque él me la contó.—Dijo señalando hacia la tumba.—Tú no puedes verlo, pero allí está. Su cuerpo azulado, su rostro triste, la profunda marca en su cuello. Allí está él, incapaz de descansar en paz. Su alma deambula por este cementerio desde entonces. A veces me sigue... quiere que lo escuche, que lo consuele y a veces lo hago. La muerte no es el final... a veces es solo el principio.

—Entonces ¿tienes el don de ver a los muertos? Por eso las personas hablan de tí.

—Veo los muertos que no descansan en paz. Aquí en este cementerio hay decenas de ellos, personas que han tenido muertes horribles... sus almas siguen atrapadas sin un propósito, pero no es por eso que la gente me odia. Tú eres la primera persona a la que le cuento que puedo ver a los

muertos...no... la gente me odia por algo más.

—¿A qué te refieres?

—Desde que era muy pequeño comencé a ver a un ser extraño. Una figura oscura, totalmente negra, su rostro cadavérico con ojos profundos y vacíos tiene su quijada abierta como si estuviera dando un grito espectral. Sus dedos largos y huesudos se extienden de brazos delgados.

—Comienzas a asustarme.—Dijo la niña.—¿Acaso esa criatura está aquí en este momento?

—No lo está. Aquella cosa solo aparece cuando alguien está a punto de morir. La he visto cuando era pequeño, apareció junto a mis abuelos justo antes de que su casa se incendiara y ellos murieran calcinados. Nadie jamás me creyó. Ni siquiera cuando advertí a los padres del pequeño Fernando Cruz que algo malo le pasaría, nadie me creyó, minutos después aquel niño era arrollado por las ruedas de un camión. El conductor se distrajo justo cuando el niño corría en busca de su pelota. También intenté decirle a mi maestra Elvira justo antes de que un paro cardíaco acabara con su vida. Siempre aquella cosa estaba allí. Comencé a llamarla como lo que era... la muerte. Por más que intentara, nunca pude salvar a nadie. Inevitablemente, cada vez que aquella cosa aparece, alguien muere.—Jonathan permaneció en silencio, mirando hacia la nada.—Desde entonces, la gente se ha dividido entre los que me llaman simplemente loco y los que creen que estoy maldito, que es mi culpa todo lo que sucede.

Una lágrima comenzó a deslizarse desde sus ojos color café.—Nadie me ha creído nunca. Intenté explicarlo una y otra vez, pero he recibido la indiferencia de todos. Mis padres fingen que nada sucede, no quieren escucharme hablar del tema. ¿Sabes una cosa Abby? El problema de que alguien no te crea algo, es que al final de cuentas no te creerá nada. Ni siquiera cuando cuentes que alguien te ha lastimado, te tratarán como si todo fuera invento de tu mente perturbada. Así que, sin importar lo que me suceda, he aprendido a no decir nada. También he aprendido a no tener miedo a los muertos, ellos ya no pueden lastimarte, de lo que verdad debes cuidarte es de los vivos...hay muchos monstruos allá afuera, escondidos tras caras sonrientes y gestos falsos.

—Siento mucho por todo lo que has tenido que pasar.—Dijo Abby apoyando su mano suavemente sobre la mano de su nuevo amigo.—Pero yo sí te creo. Sentí en el momento que te he conocido que algo nos unía, que eras una persona especial al igual que yo. Tengo una amiga muy especial que quizás pueda ayudarte...le hablaré de tí.

—¿Qué clase de amiga?—preguntó Jonathan sorprendido.

—Muy pronto la conocerás.

3

El calor era intenso aquella tarde. Mientras caminaban lentamente adentrándose en la maleza con mucha dificultad ayudados con afilados machetes, el sudor corría por las frentes de Liam y Tom.

—Qué condenado calor.—Se quejaba Tom mientras secaba la transpiración de su frente con un pañuelo. —Hemos recorrido la selva caminando sin rumbo durante horas. Esto es demasiado terreno para cubrir por dos personas.

—En verdad lo es. No creo que tengamos éxito. —Asintió Liam. —Creo que deberíamos avanzar bordeando el arroyo hasta llegar al río. Al menos la marcha será más sencilla y tal vez tengamos suerte.

Se dirigieron a la orilla del arroyo San Antonio, aquel que pasaba por el frente mismo del pueblo y lo bordeaba hasta llegar al río, convirtiendo al pueblo casi en una enorme isla. Aquel verano el nivel de las aguas había descendido en comparación a los años anteriores, principalmente si se compara con los niveles que alcanzó en la noche de la gran tormenta. Aquella noche las aguas del arroyo cubrieron el puente que da acceso al pueblo y llegaron hasta el centro mismo. Tomó semanas para quitar todo el barro y los restos que trajo el torrente. Luego de ello, sucesivas plagas de mosquitos y moscas asolaron el pueblo durante meses, trayendo enfermedades y molestias.

Pero ahora el arroyo lucía apacible. Sus aguas cristalinas permitían ver las grandes rocas en el fondo a poca profundidad y los pequeños peces que nadaban de un lado hacia el otro.

Luego de lavarse sus rostros y refrescarse con las frías aguas del arroyo, los hombres continuaron su marcha. Caminaron durante largas horas. El sol ya comenzaba a descender por el oeste cuando comenzaron a escuchar la poderosa corriente del río. Ya estaban cerca. Su búsqueda parecía que quedaría infructuosa, cuando de repente escucharon un fuerte batir de alas, luego otro y luego otro. Eran enormes buitres negros. Se posaban sobre la copa de un árbol, alzaban el vuelo, giraban en círculos y luego volvían. El hecho de que se encontraran agrupados allí, solo podía ser por una cosa, habían hallado comida.

Ambos detuvieron su marcha. Tomaron los machetes y comenzaron a abrirse paso en dirección a los cuervos, pronto, un olor nauseabundo llegó hasta ellos, y luego el desquiciante sonido de miles de moscas sobrevolando. El hedor casi los hace vomitar, pero aún así, continuaron su

camino hasta que por fin llegaron. Allí, recostado contra un árbol, estaba el cuerpo completamente descompuesto de la señora Smith. Su rostro era una masa viva y palpitante de moscas de una coloración verde asquerosa, pequeños gusanos se deslizaban de un lado a otro. Su boca se hallaba abierta, casi como si estuviera dando un último grito desesperado. La habían encontrado. Su carne putrefacta y los enormes faltantes de carne en todo su cuerpo, posiblemente devorados por animales, no permitía ver la causa probable de muerte.

Liam no podía dejar de observar el rostro de aquella mujer, aún debajo de esa podredumbre y moscas, parecía estar mirándolo desde sus cuencas vacías.

—Debemos irnos.—Indicó Tom.—No podemos tocar el cuerpo. Iremos hasta el patrullero y pediremos que venga el equipo forense desde la ciudad.

Liam asintió. Mientras los hombres emprendían el regreso en dirección al arroyo, Liam no podía evitar voltear a mirar aquel cadáver, sentía como si lo llamara de alguna forma.

3

Aquella noche, Liam no pudo dormir. En su mente afluía la imagen del rostro putrefacto de aquella mujer siendo devorado por las moscas y los gusanos. Permaneció sentado en el pórtico sumido en sus pensamientos. Algo raro estaba pasando en aquel pueblo, podía sentirlo. Poco a poco el miedo comenzó a apoderarse de él, el miedo de que su pequeña saliera lastimada. A Liam no le importaba lo que pudiera sucederle, pero no quería bajo ningún término que su hija saliera lastimada.

Cerca de medianoche, se dirigió a su habitación. Abrió la ventana. La luz de la luna se reflejaba en las lejanas cruces del cementerio. Encendió un cigarro y se sentó frente a la máquina de escribir. Nuevamente las incontenibles letras salieron de su mente y se volcaron sobre el amarillento papel.

“Resulta increíble la velocidad con la que pasaron los años. Había pasado toda mi niñez siendo entrenado por mi padre. “Entrenado” es una manera de describirlo, algunos podrían llamarlo torturas. Durante aquel tiempo había aprendido todo lo que un soldado debería saber, había aprendido a disparar todo tipo de armas, a golpear y defenderme, a esconderme y todo tipo de maniobras, eso sin mencionar el estado físico que había logrado luego de tortuosas horas de ejercicios y largas marchas. Todo ello era porque mi padre quería que estuviese preparado para lo que vendría. Desde mi punto de vista, él simplemente desquitaba sus frustraciones sobre mí. Pero pronto eso ya no importaría. Aquella tarde de noviembre del 75, finalmente llegó el telegrama. Tenía 17 años cuando lo recibí, pero

faltaba tan poco para el 13 de enero, cuando cumpliría mis 18. Allí estaba el telegrama. "Llamado al servicio de Conscripción" se leía junto con la fecha de presentación. El 2 de diciembre debería tomar el autobús que me llevaría hasta el cuartel. Una mezcla de sensaciones se apoderaron de mi mente. Por un lado sentía alivio, por fin me iría de mi hogar. Sin importar lo terrible que sean las cosas que me contaban sobre el servicio militar, nada podría ser peor que mi padre. Pero por otro lado, me llené de una profunda tristeza.

Aquella tarde corrí hasta la costa del arroyo, permanecí durante horas esperando que llegara. Finalmente, cuando el sol comenzaba a descender, ella llegó. Allí estaba Isabela, sonriente, feliz de verme. Gracias a ella pude soportar aquellos años infames. Cada tarde nos encontrábamos allí, en nuestro lugar secreto. Hablábamos sobre la vida, lo difícil que era y lo que haríamos para cambiarla. Cuando ella me vio aquella tarde, lo primero que notó fue el papel en mis manos. Su sonrisa se desvaneció, su rostro empalideció y sus ojos se poblaron de lágrimas.

—¿Vas a dejarme?—Preguntó ella entre sollozos. No pude responderle, simplemente permanecí mirando hacia el suelo. —No me dejes por favor.—Suplicó.

—Volveré por tí en cuanto pueda.—Le prometí, intentando consolarla, pero nada era suficiente. Ella no quería permanecer sola. No con su padre. Con el tiempo he aprendido que los monstruos existen, y el padre de Isabella era uno de ellos. Aquel hombre la despojaba de todos sus sueños y en su lugar le llenaba de moretones y cicatrices. Ella no permanecería sola junto a él, antes prefería la muerte. Me lo había dejado muy en claro demasiadas veces. Poco a poco me fui convirtiendo en lo único que tenía, si yo la abandonaba, todo terminaría para ella.

—Escapémonos juntos.—Me dijo finalmente.—Huyamos lejos de todo esto. Podemos irnos muy lejos y comenzar de nuevo, lejos de toda esta locura.

Permanecí en silencio. No sabía qué hacer. —Te amo.—Me dijo ella por primera vez.—Solo piénsalo por favor.—Me lo dijo mientras me daba un beso en la mejilla y luego se marchó. Yo por mi parte, me quedé junto al arroyo hasta que la noche me envolvió. Arrojaba piedras a las tranquilas aguas mientras mi mente se debatía entre lo que quería hacer y lo que debería hacer. Los días fueron pasando y no volví a ver a Isabela. Cada tarde la esperé en junto al arroyo, pero ella nunca llegó. Los días se convirtieron en semanas. La fecha de mi partida se acercaba. Pasé frente a su casa, pero no había señales de ella. Pensé en tocar a la puerta y preguntar por ella, pero eso hubiera sido un grave error. Simplemente me fui haciendo a la idea de que ella ya no quería verme. —Quizás sea lo

mejor.—Pensé, mientras preparaba mis bolsos para marcharme.

Era el primero de septiembre, el autobús saldría al día siguiente a las seis de la mañana. Eran las últimas horas en mi hogar. Mi padre tenía una mirada de satisfacción, hasta se podría decir que se trataba de orgullo. Yo por mi parte me sentía melancólico. Aquella tarde me dirigí por última vez a las orillas del arroyo. Miré mi reflejo en las aguas y suspiré. Entonces, a lo lejos, la vi acercarse. Corrí hacia ella con los brazos abiertos, listo para abrazarla, pero al llegar junto a ella, me paralicé. Allí estaba ella, con su rostro despojado de toda felicidad. Un enorme moretón, oscuro como la noche, le cubría gran parte de su cara, comenzando desde la enorme hinchazón en su ojo derecho. Un halo de sangre aún se escurría de su nariz. Su cuello tenía una marca roja intensa, que le daba la vuelta por completo. Sus brazos y su espalda tenían enormes manchas y raspaduras. Al verla, vino a mi mente la imagen de un boxeador recién bajado del ring, con los golpes aún palpitando en todo su cuerpo. —¿Qué te ha sucedido?—Le pregunté. Ella no respondió, simplemente me abrazó y comenzó a llorar. Allí en mis brazos, me di cuenta que solamente era una niña indefensa, una niña que le temía a un monstruo despiadado al que llamaba padre.

—Por favor no me dejes.—Me suplicó entre sollozos. Sentí como mi corazón se estrujaba en ese momento. Faltaban tan solo algunas horas para que me marchara, quizás para siempre. Ella me estaba pidiendo que lo dejara todo y me marchara a un destino incierto. No teníamos dinero, ni conocidos, quien sabe cuanto duraríamos allí afuera. Pero sus lágrimas pesaron más que la razón.

—Está bien. Huyamos esta misma noche.—Le respondí mientras ella me abrazaba.

Aquella noche, esperé a que mi padre se durmiera. Eran casi la medianoche. Me dirigí con sigilo hasta la sala. Allí estaba él, sentado en el sofá, completamente dormido, con varias latas de cerveza vacías a sus pies. Lo miré por unos instantes. Al verlo, dormido, parecía tan vulnerable, en cierto modo, llegué a sentir lástima por él. Aquel hombre que me había hecho infeliz todos los años de mi niñez, pasaría el resto de su vida solo, sin que ninguno de sus hijos jamás volviera a verlo. —Hasta nunca papá.—Susurré.

Me dirigí a la puerta y la abrí con cuidado. Las bisagras produjeron un agudo chirrido, sin embargo, mi padre no se despertó. Al salir a la calle, inmediatamente comencé a correr. Sentí la libertad, por primera vez, estaba emocionado, hasta podría decir que en ese momento fui feliz. La esperé en la costa del arroyo, en la completa oscuridad, mirando hacia el camino con ojos esperanzados. A lo lejos la vi venir, tenía un pequeño bolso y caminaba presurosa. Corrí hasta ella y nos abrazamos con fuerza.

Sentí la calidez de su cuerpo estrechándose contra el mío.

Bajo la cubierta de la noche, comenzamos a caminar por el costado de la carretera nacional número 12. Queríamos alejarnos lo más posible antes de pedir un aventón. En nuestros rostros brillaban enormes sonrisas llenas de felicidad, pero como siempre me ha ocurrido, la felicidad se desvaneció tan rápido como el calor deja un hogar una noche de invierno, cuando el fuego se apaga. A lo lejos vimos un par de luces que se aproximaban velozmente. Intentamos escondernos, pero hacia nuestros costados no había árboles, sólo una pronunciada planicie, con corta hierba para el pastoreo de ganado. Pronto las luces de aquel vehículo que se acercaba nos hizo visibles. El automóvil se detuvo junto a nosotros. La puerta se abrió y de ella descendió el furioso padre de Isabella. En su mano tenía una barreta y la agitaba amenazante. El señor Ibarra era un tipo fornido, 20 años trabajando en la construcción lo habían hecho un tipo rudo y fuerte. —¡Ven aquí ahora mismo maldita zorra!—Le ordenó. Isabella comenzó a llorar. —¡No volveré contigo nunca! ¡Antes, prefiero morir!—Le respondió a los gritos, completamente fuera de sí.

El señor Ibarra se acercó y la tomó del brazo con violencia. Intenté detenerlo pero un fuerte golpe con la barreta en medio de mi frente me hizo caer. Mi visión se nubló por completo. Solo podía oír sus gritos mientras era arrastrada hacia el vehículo. Intenté levantarme pero volví a caer. Un chorro de sangre salía de una profunda herida en mi frente, cayendo sobre mis ojos. Los gritos de Isabella aumentaban mientras su padre la arrastraba sujetándola de sus cabellos. Ella, en un momento, logró clavarle las uñas en los brazos con mucha fuerza haciéndolo sangrar. Su padre dio un grito de dolor y la soltó. Ella logró levantarse y comenzó a correr, pero él volvió a alcanzarla fácilmente. Esta vez no la arrastró, en su lugar comenzó a golpearla con brutalidad. —¡Con qué prefieres la muerte! ¡Entonces morirás maldita zorra! —Le gritaba mientras su pesado puño impactaba el delicado rostro de aquella niña, una y otra vez. Al principio, ella levantó sus brazos intentando cubrirse, pero poco a poco, sus fuerzas la iban abandonando.

Al ver el sufrimiento que le estaba causando, me levanté enceguecido por la ira. Corrí hacia aquel hombre y lo golpeé en el rostro con todas mis fuerzas. El señor Ibarra trastabilló. Nuevamente me lancé y lo golpeé nuevamente justo entre los ojos. Mi rostro estaba cubierto por mi propia sangre, pero eso ya no me importaba. En mi mente solo había una rabia infinita dirigida hacia aquel hombre. Mientras él se cubría el rostro divisé la barra de metal. La tomé y le dí un fuerte golpe en la rodilla. Su articulación pareció dar un chasquito. El pobre infeliz gritó de dolor. Volví a levantar la barra, y lancé otro golpe. Él intentó cubrirse con su antebrazo. Esta vez fue el hueso de su brazo el que crujió. Furioso lo golpeé una y otra vez con aquella barra. Los golpes dieron en sus brazos, su cabeza y en su espalda. Una vez que él había caído, casi ahogado en su propia sangre, continué golpeándolo en su rostro. Aquel grueso metal lo

desfiguraba cada vez más con cada golpe. Pronto el señor Ibarra yacía inmóvil frente a mí, desvanecido en un enorme charco de sangre. Esa fue la primera vez que quité una vida, y puedo decir que hasta el día de hoy, que fue el momento más satisfactorio de mi vida. Una ligera sonrisa se dibujó en mi rostro ensangrentado.

Cuando Isabella reaccionó nuevamente comenzó a gritar enloquecida.

—¿Pero qué has hecho? —Gritaba una y otra vez. Intenté calmarla, pero pronto entró en estado de shock y luego se desvaneció.

A lo lejos vi otro par de luces que se acercaban. En ese momento supe que todo había terminado para mí. Pasaría el resto de mi vida en prisión. Ahora que lo pienso, quizás hubiese sido lo mejor, pero el destino quiso que aquellas luces sean las de la vieja camioneta de mi padre. Él me había seguido luego de verme escabullirme en silencio, mientras fingía estar dormido.

Cuando descendió de la camioneta, vio mi rostro cubierto de sangre y a la muchacha desmayada junto a mí. —Hijo... necesito que estés calmado.—Me dijo con total frialdad.—Voy a ayudarte, pero debes hacer lo que te digo.

—Necesito que vuelvas a la casa. Vé, pégate una ducha. Quítate toda la sangre de tu cuerpo. Luego quema la ropa que llevas puesta. —Comenzó a decirme con pasmosa tranquilidad. —Has cometido un asesinato. Si esto se descubre, pasarás el resto de tu vida en la cárcel. No puedo permitir que eso pase... así que yo tomaré tu lugar.

Se acercó al cuerpo inerte del señor Ibarra. Cerró su puño y comenzó a golpearlo una y otra vez ante mi mirada atónita. —Debo tener marcas en mis nudillos... de lo contrario nadie creerá que fue una pelea. ¿Entiendes?—Yo no respondí. No podía creer lo que estaba sucediendo.

Completamente bañado en salpicaduras de sangre, mi padre se acercó y me tomó de los hombros.—Hijo nunca te he dicho esto... pero... realmente estoy orgulloso de ti, de lo que has logrado. No dejaré que desperdices tu vida. Mañana irás al servicio militar y me llenarás de orgullo. Mi vida ya está arruinada, eres lo único que tengo, no dejaré que te pudras en prisión.

—Pero papá...—Balbuceé. —Tú ... no puedes....

—Solo vete hijo. Vete y lleva a la chica contigo. Yo cargaré el cuerpo e iré a entregarme a la policía. ¡Solo vete! —Me ordenó.

Una mezcla de sentimientos se agolparon en mi cabeza en ese momento. Tomé a Isabel entre mis brazos y comencé a alejarme. Mi padre

permaneció junto al cuerpo. Mientras me alejaba, las lágrimas comenzaron a recorrer mi rostro arrastrando la sangre que comenzaba a secarse.

—Gracias papá.—Murmuré al viento. No sé si llegó a oírme. Esa fué la última vez que vi a mi padre.

El miedo, la soledad, el desgarrador sentimiento de indefensión e impotencia, poco a poco van carcomiendo el alma de las personas rotas por dentro. Algunas no pueden superar aquella terrible angustia provocada por sus traumas y sufrimientos, pero otras lo hacen, otras pueden transformar aquel dolor tan profundo en algo mucho más peligroso, poco a poco se van llenando de una profunda ira.

El enojo hacia el mundo que lo hizo sufrir domina sus vidas. ¿Qué convierte a un buen muchacho en un monstruo despiadado? Quizás la respuesta sea nada, quizás el monstruo siempre estuvo allí, esperando un pequeño empujón que le dé su libertad, usando aquel dolor espantoso para justificar sus terribles acciones.

Aquella noche, cuando sentí la vida de aquel miserable evaporarse frente a mis ojos, sentí que algo se liberaba dentro de mí. De pronto, todo aquello que mi padre me había enseñado, cobró sentido. Cuando amaneció, tomé mi bolso y me dirigí a la parada de autobuses.

En mi bolsillo estaba el telegrama impreso en un papel arrugado. Lo miraba una y otra vez. Quizás un sentimiento de culpa por lo que había sucedido o por el destino de mi padre cruzó por mi mente aquella mañana, pero al ver el telegrama todo se desvanecía.

En aquella pequeña parada de autobuses que no era más que un techo de chapa sujeta con dos postes de madera, que contaba con un precario asiento hecho con dos pequeños troncos de madera sosteniendo una maltrecha tabla, esperé pacientemente, mientras mi mirada recorría el paisaje de la ciudad. Pronto la pequeña parada comenzó a llenarse de otros jóvenes que tenían el mismo destino que yo. Mientras observaba cómo los padres abrazaban a sus hijos y las madres lloraban desconsoladas esperando la pronta partida de sus pequeños que habían pasado a convertirse en hombres, listos para cumplir su irrenunciable responsabilidad de servir a la patria, me percaté de lo solo que me encontraba. Para mí no habría palabras de aliento, ninguna madre derramaría sus preciadas lágrimas, pero ya no me importó.

Cuando finalmente el autobús asomaba a lo lejos, con su imagen deformada por el aire caliente que ascendía desde el asfalto formando espejismos, un grito lejano llamó mi atención.

–¡Liam! ¡Liam! –Gritaba a lo lejos Isabella, completamente desesperada mientras corría presurosa hacia la parada. Recuerdo haberla mirado por un instante, pero luego, con una fría indiferencia, dirigí mi mirada al viejo autobús que se acercaba. Ella se acercó. Las lágrimas brotaban de sus bellos ojos color miel, apenas visibles en aquel rostro deformado por los golpes, mientras una suave briza mecía sus largos cabellos de un rubio intenso y brillante. –¿Acaso no pensabas despedirte? –Me preguntó mientras intentaba recuperar el aliento y las palabras luchaban por salir de aquel angustiante nudo en la garganta que la tristeza le había generado. –¿Después de todo lo que hemos pasado juntos pensabas irte sin siquiera avisarme?

No respondí. Mi temple sombrío permanecía inalterable frente a su llanto. Las palabras que ella me decía ya no hacían ningún efecto, como si fueran dichas por una desconocida. No sé bien qué sucedió, pero algo había cambiado dentro de mí. Sentí como si realmente me hubiera convertido en mi padre. El autobús lentamente se detuvo. El obeso conductor descendió del vehículo y secándose la transpiración de su frente con una toalla que tenía alrededor de su cuello, abrió la bodega para que los pasajeros pudieran colocar su equipaje. Di un paso hacia el colectivo, pero las suaves manos de Isabella tomaron las mías y me detuvieron.

–Por favor. Te amo Liam Becher. –Me suplicó ella con un dulce tono de voz. –Por favor quédate conmigo.

–No puedo quedarme. Debo irme. –Fue mi descorazonada respuesta mientras apartaba su mano.

–Sé que debes ir. Pero yo te estaré esperando cuando regreses. Quiero que formemos una familia. Eres todo en mi vida y no te das cuenta.

–No tienes que esperarme porque jamás volveré. No me quedaré estancado en este lugar horrible. Me iré muy lejos. Ya te he lastimado lo suficiente. Por mi culpa tu vida se ha destrozado y también la de mi padre. No puedo quedarme aquí. No lo haré. Será mejor que lo entiendas y te apartes de mí camino.

–Al menos dime que me amas. –Me suplicó sin poder contener el llanto.

–Yo no conozco el amor. Estoy vacío por dentro. Todo lo bueno de mi murió en ese momento. Por favor solo aléjate y olvídate de mí. Será lo mejor para los dos.

Un gesto de hastío y de rechazo que no pude disimular se dibujó en mi rostro. La imagen de aquella pobre mujer que había estado conmigo tantos años, cayendo de rodillas llorando sin ningún consuelo no me conmovieron en lo más mínimo. Algo dentro de mí se había perdido para

siempre. La empatía, el cariño, el amor, dejaron de tener sentido.

Cuando subí al autobús, me acomodé en el último asiento sujetando mi bolso, lo único que me quedaba en el mundo. Cuando finalmente el pesado vehículo comenzó a moverse, ni siquiera volteé a mirar a la pobre Isabella que continuaba arrodillada sobre el ardiente asfalto, destruida por dentro, llena de una enorme tristeza que le apretujaba su corazón hasta casi dejarla sin respirar mientras veía al único hombre que había amado en su vida alejarse para siempre.

Dicen que las oportunidades pasan una sola vez en la vida, y esa fue la última oportunidad que tuve de salvar mi atormentada alma de los terribles hechos que estaban por ocurrir. "